

RELATOS DEL DIFUNTO
IVÁN PETRÓVICH BELKIN

Aleksandr Sergeevich Pushkin



RELATOS DEL DIFUNTO IVÁN PETRÓVICH BELKIN ALEKSANDR SERGEEVICH PUSHKIN

Aleksandr sergeevich pushkin

Relatos del difunto iván petróvich belkin



Aleksandr Sergéyevich Pushkin

El poeta y novelista ruso Aleksandr Sergéyevich Pushkin nació en Moscú el 6 de junio de 1799. A los doce años fue admitido en el recientemente creado Liceo Imperial (el cual más tarde pasó a llamarse Liceo Puskhin), y allí fue donde descubrió su vocación poética. Su educación estuvo basada en la lengua y literatura francesa, las cuales influyeron en su poesía. Sin embargo, con el tiempo sintió más afinidad por los cuentos y los relatos populares escritos en ruso.

En 1833, fue nombrado miembro de la Academia Rusa. Su estilo literario estuvo entre el realismo, la sátira y el drama, volcado en la narrativa. Fundó la revista *El contemporáneo*, la cual llegó a ser la publicación más influyente de las letras rusas. Entre sus obras más importantes encontramos en poesía *El prisionero del Cáucaso* (1822), *Los hermanos bandoleros* (1821-1822) y *La fuente de Bakhcisaraj* (1824) y entre sus últimos relatos se encuentran *Poltava* (1829), *Relatos de Belkin* (1830), *El caballero de bronce* (1833) y *La hija del capitán* (1836).

Falleció el 10 de febrero de 1837 en San Petersburgo, a consecuencia de las heridas sufridas en un duelo instigado por sus enemigos, pero a su muerte ya era considerado como el padre de la literatura rusa moderna y la lengua rusa. Su obra influyó en grandes escritores como Tolstói, Gógol o Dostoievski.

Relatos del difunto Iván Petróvich Belkin
Aleksandr Sergeevich Pushkin

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa “Lima Lee”, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

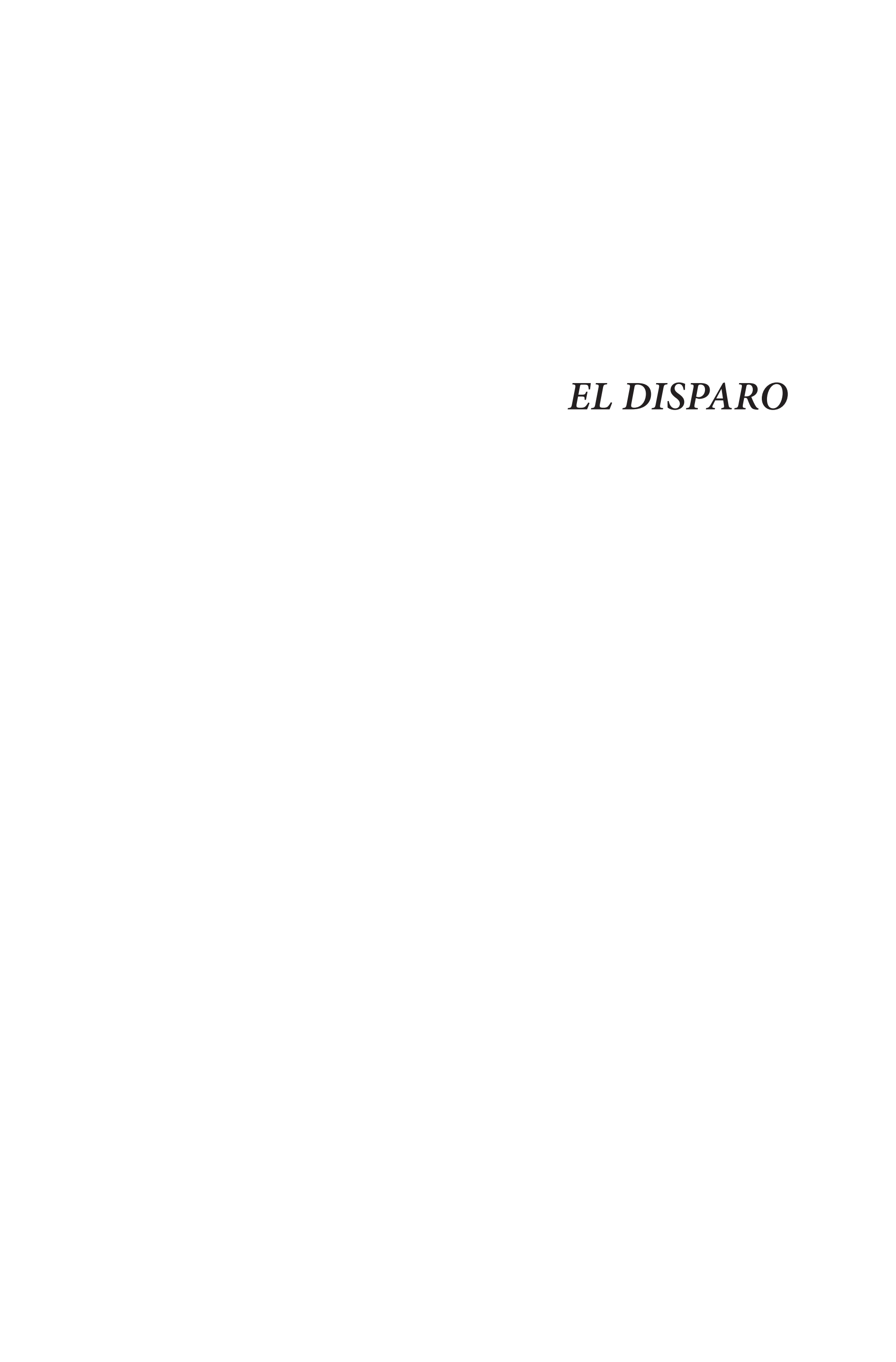
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



EL DISPARO

I

Estábamos acampados en el pueblo de ***. La vida de un oficial del ejército es de sobra conocida. Por la mañana, prácticas y picadero; la comida, en casa del comandante del regimiento o en una taberna judía; y por la noche, ponche y cartas. En *** no había ni una casa donde nos pudieran invitar ni una sola joven casadera. Nos reuníamos los unos en las casas de los otros, donde no veíamos otra cosa que nuestros propios uniformes.

Solamente una persona pertenecía a nuestro círculo sin ser militar. Tenía unos treinta y cinco años y ya por eso le considerábamos un viejo. Gracias a su mayor experiencia nos aventajaba en mucho; además, su carácter habitualmente sombrío, su violencia y su lengua viperina ejercían sobre nuestras jóvenes mentes una gran influencia. Una especie de misterio rodeaba su vida; parecía ruso, pero tenía nombre extranjero. En tiempos, había servido en los húsares, e incluso con éxito. Nadie conocía la razón que le obligó a retirarse y a instalarse en un lugar pobre, donde vivía en una mezcla de austeridad y derroche: iba a todas partes a pie y vestía una levita

negra gastada, pero al mismo tiempo tenía la casa abierta a todos los oficiales de nuestro regimiento. Es verdad que la comida consistía solo en dos o tres platos, preparados por un soldado retirado, pero siempre iban acompañados por ríos de champaña. Nadie sabía nada de su fortuna ni de sus ingresos, pero ninguno se atrevía a preguntárselo. Tenía libros, la mayor parte de ellos militares, aunque también había novelas. Siempre estaba dispuesto a prestarlos y nunca exigía su devolución; por otra parte, él nunca devolvía un libro que le hubieran prestado. Su ejercicio principal consistía en disparar con pistola. Las paredes de su casa estaban carcomidas por las balas, llenas de hendiduras, como un panal de abejas. El único lujo de la humilde casa de barro donde vivía era una buena colección de pistolas. El arte que había logrado era tan extraordinario que, si él se hubiera ofrecido a derribar con una bala una pera colocada en la gorra de alguien, nadie de nuestro regimiento habría dudado en prestar su cabeza de soporte. A menudo nuestra conversación versaba sobre los duelos; Silvio (le daré este nombre) nunca intervenía. Si se le preguntaba si había tenido ocasión de batirse en duelo, contestaba secamente que sí, pero no entraba en detalles, y era evidente que estas preguntas le resultaban desagradables. Suponíamos que

tenía sobre su conciencia alguna víctima desdichada de su macabro arte. Sin embargo, a nadie se le pasaba por la imaginación sospechar en él algo semejante a la timidez. Hay personas cuyo solo aspecto físico deshace cualquier duda de este tipo. Un acontecimiento inesperado vino a sorprendernos a todos.

Un día estábamos comiendo en casa de Silvio unos diez oficiales del regimiento. Se bebió como de costumbre, es decir, mucho. Después de comer intentamos persuadir a nuestro anfitrión para que nos hiciera de banca en las cartas. Él se negaba insistentemente, ya que casi nunca jugaba. Al fin, mandó que trajeran las cartas, colocó sobre la mesa medio centenar de monedas de oro e inició el juego. Lo rodeamos y nos pusimos a jugar. Silvio tenía la costumbre de guardar un silencio total mientras jugaba, nunca discutía ni daba explicaciones. Si se daba el caso de que un jugador se equivocara en la cuenta, Silvio inmediatamente completaba la suma o apuntaba lo que sobraba. Conocíamos esa costumbre y no nos oponíamos a que actuara a su manera, pero ese día se encontraba entre nosotros un oficial que había sido desterrado a nuestro regimiento recientemente. Este hombre, que jugaba con nosotros, dobló por distracción una esquina

de más. Silvio cogió la tiza y niveló la cuenta según tenía por costumbre. El oficial, pensando que Silvio se había equivocado, se puso a dar explicaciones. Silvio siguió jugando sin decir palabra. El oficial perdió la paciencia, agarró el cepillo y borró lo que creía un error. Silvio cogió la tiza y lo apuntó de nuevo. El oficial, acalorado por el vino, el juego y las risas de sus compañeros, se sintió cruelmente ofendido y, en un ataque de ira, empuñó un candelabro de cobre de la mesa y se lo tiró a Silvio, que apenas tuvo tiempo de esquivar el golpe. Nos quedamos perplejos. Silvio se levantó, pálido de indignación, y con los ojos brillantes dijo:

—Señor, tenga la bondad de salir y dé gracias a Dios de que esto haya ocurrido en mi casa.

No dudamos de las consecuencias y consideramos a nuestro nuevo compañero un hombre muerto. El oficial salió de la casa diciendo que estaba dispuesto a responder al insulto como tuviera a bien el señor de la banca. El juego duró unos minutos más; pero, dándonos cuenta de que el anfitrión estaba pensando en otra cosa, fuimos apartándonos de la mesa uno a uno y marchándonos a nuestras casas hablando de las próximas vacaciones.

Al día siguiente, cuando estábamos en el picadero preguntándonos si estaría todavía vivo el pobre teniente, este apareció entre nosotros. Le hicimos la misma pregunta. Nos contestó que aún no había tenido noticias de Silvio. Esto nos sorprendió. Fuimos a casa de Silvio y le encontramos en el patio, clavando una bala detrás de otra a unas que había pegado a la puerta. Nos recibió como siempre, sin mencionar para nada el suceso del día anterior. Pasaron tres días, el teniente seguía vivo. Nos preguntábamos extrañados ¿acaso Silvio no piensa desafiarle? Y no le desafió. Se contentó con una breve explicación e hicieron las paces.

Al principio, esto le perjudicó extraordinariamente en la estimación de los jóvenes: lo que menos perdonan estos es la falta de valentía, porque la valentía se considera el summum de las cualidades humanas y la justificación de muchos defectos. Sin embargo, el incidente se fue olvidando poco a poco y Silvio volvió a tener el ascendiente de siempre.

Solamente a mí me resultaba imposible tratarlo como antes. Dotado por naturaleza de una imaginación romántica, yo era el que más devoción había sentido

por aquel hombre de vida misteriosa y le consideraba el héroe de una novela fascinante. Él también me quería; al menos, yo era el único con quien Silvio abandonaba su amarga maledicencia habitual y hablaba de diversos temas con sencillez de espíritu y un tono extraordinariamente agradable. Pero después de aquella tarde desafortunada no me abandonaba la idea de que su honor estaba manchado y de que él mismo era el culpable de no haberlo reparado, y eso me impedía comportarme con él como antes; me daba vergüenza mirarle. Silvio era demasiado inteligente y tenía suficiente experiencia para dejar de darse cuenta de ello y de adivinar la causa. Mi actitud parecía disgustarle. Un par de veces al menos noté que quería tener una explicación conmigo, pero yo evitaba cualquier ocasión y Silvio se apartó de mí. Desde entonces nos vimos solamente en presencia de otros compañeros y nuestras francas conversaciones se acabaron.

Los dispersos habitantes de la capital no tienen ni idea de una gran cantidad de impresiones que, sin embargo, son tan familiares para los habitantes de los pueblos o de las ciudades pequeñas, como, por ejemplo, la espera del día del correo: los martes y viernes la oficina de nuestro

regimiento se llenaba de oficiales: unos esperaban dinero, otros carta, otros periódicos. Los paquetes solían abrirse allí mismo, se comunicaban las noticias y con todo ello la oficina presentaba un cuadro bien animado. Como Silvio recibía su correspondencia en las señas del regimiento, también solía acudir allí. Una vez le entregaron un paquete del que quitó el sello con aire de suma impaciencia. Al hojear la carta sus ojos brillaban. Los demás oficiales, ocupados en sus cartas, no se fijaron en ello.

—Señores —les dijo Silvio—, las circunstancias requieren mi ausencia inmediata. Me marcho esta misma noche. Espero que acepten cenar en mi casa por última vez. A usted también le espero —continuó dirigiéndose a mí—, le espero sin falta.

Con estas palabras salió apresuradamente; y nosotros, todos de acuerdo en reunirnos en casa de Silvio, nos fuimos cada uno por nuestro lado. Llegué a casa de Silvio a la hora convenida y encontré a casi todo el regimiento. Todos sus enseres estaban ya empaquetados, solo quedaban las paredes desnudas, llenas de balazos. Nos sentamos a la mesa. El anfitrión estaba de muy

buen humor y pronto su animación se hizo general. Los corchos salían disparados a cada instante, los vasos se llenaban una y otra vez de espuma chispeante, y entre todos no cesábamos de desear al que se marchaba un feliz viaje y toda clase de parabienes. Cuando nos levantamos de la mesa era ya tarde. Mientras todos recogían ya sus gorras, Silvio, que estaba despidiéndose de ellos, me tomó de la mano y me detuvo en el momento justo en que yo pensaba marcharme.

—Tengo que hablar con usted —me dijo en voz baja. Me quedé.

Los invitados se marcharon y nos quedamos solos. Nos sentamos el uno frente al otro y encendimos nuestras pipas en silencio. Silvio parecía preocupado; de su alegría febril no quedaba ni rastro. Una palidez sombría, sus ojos brillantes y el humo espeso que exhalaba su boca le daban el aspecto de un verdadero demonio. Después de varios minutos, Silvio rompió el silencio.

—Es posible que no nos volvamos a ver nunca más —me dijo—. Antes de despedirnos quería darle una explicación. Usted ya habrá notado que tengo poco respeto por la opinión de los demás, pero le tengo aprecio

y me preocupa dejar en su memoria una impresión injusta.

Se interrumpió y se puso a llenar su pipa, ya vacía; yo callaba, mirando al suelo.

—Le habrá parecido extraño —continuó— que no le haya pedido una satisfacción a ese borracho disparatado de R. Estará usted de acuerdo en que, teniendo yo el derecho de elegir el arma, su vida estaba en mis manos y la mía casi totalmente segura; podría achacar mi moderación a mi sola magnanimidad, pero no quiero mentirle. Si hubiera podido castigar a R. sin poner en peligro mi vida, no lo habría perdonado.

Yo miraba a Silvio sorprendido. Esta confesión me confundió por completo. Silvio continuó:

—Así es: no tengo derecho a ponerme en peligro de muerte. Hace diez años recibí una bofetada y mi enemigo aún está vivo.

Mi curiosidad se había excitado.

—¿Y no se batió usted con él? —le pregunté—. Supongo que las circunstancias les separaron.

—Me batí con él —contestó Silvio—, y aquí está el recuerdo de nuestro duelo.

Silvio se puso en pie y sacó de una caja de cartón un gorro rojo con una borla dorada y un galón (lo que los franceses llaman bonnet de police), se lo puso y vi que estaba agujereado por una bala a unos dedos de la frente.

—Usted sabe —siguió Silvio— que estuve sirviendo en el regimiento *** de húsares. Ya conoce mi carácter, estoy acostumbrado a ser el primero, pero cuando era joven esto constituía una verdadera pasión. En aquel tiempo, la violencia estaba de moda y yo era el más vehemente del ejército. Presumíamos de bebedores; yo conseguí ganar al bueno de Burtsov, el hombre que fue cantado por Denis Davydov. En nuestro regimiento, los duelos tenían lugar a cada momento: en todos fui testigo o protagonista. Los compañeros me adoraban y los comandantes, que continuamente eran sustituidos, me consideraban un mal inevitable.

«Disfrutaba de mi fama tranquilamente (más bien intranquilamente), cuando destinaron a nuestro regimiento a un joven de una famosa familia adinerada (que no quiero nombrar). ¡Nunca había visto a un ser

tan afortunado y brillante! Imagínese una mezcla de juventud, inteligencia y belleza, con una alegría de lo más alocada y una osadía de lo más despreocupada, además de un nombre conocido y tanto dinero que nunca lo contaba y nunca se le acababa; figúrese qué efecto causó entre nosotros. Mi primacía se vio amenazada. Seducido por mi fama, intentó buscar mi amistad, pero yo le recibí fríamente y se apartó de mí sin ningún pesar. Empecé a odiarle. Sus éxitos en el regimiento y con las mujeres me llevaban a la desesperación. Intenté buscar un conflicto: a mis epigramas contestó con otros, siempre más sorprendentes y más agudos que los míos y naturalmente, mucho más graciosos; él se divertía pero yo me consumía de rabia. Hasta que por fin un día, en la fiesta de un terrateniente polaco, al verle como centro de atención de todas las damas y especialmente de la anfitriona, que mantenía una relación conmigo, le dije al oído una grosería banal. Se indignó y me dio una bofetada. Nos lanzamos a nuestros sables, las damas se desmayaron, nos separaron y aquella misma noche nos batimos en duelo.

Fue al amanecer. Yo estaba en el lugar convenido con mis tres testigos. Esperaba a mi adversario con una

impaciencia indecible. Apuntaba un sol primaveral que predecía la proximidad del calor. Le vi a lo lejos. Venía a pie, con la guerrera colgada del sable, acompañado de un solo testigo. Nos dirigimos a su encuentro. Se acercó con la gorra en la mano, llena de cerezas. Los testigos midieron doce pasos. Me correspondía disparar el primero, pero la emoción de mi ira era tal que no confiaba en la firmeza de mi mano y, para darme tiempo a calmarme, le cedí el primer disparo; mi adversario no quería aceptarlo. Se decidió echarlo a suertes: el número uno le tocó a él, el eterno favorito de la fortuna. Apuntó y me atravesó la gorra. Había llegado mi turno. Por fin, su vida estaba en mis manos; le miré ávidamente, intentando descubrir aunque fuese la más leve sombra de inquietud… Mientras yo le apuntaba, él escogía las cerezas más maduras de la gorra y escupía las pipas, que llegaban hasta mí. Su indiferencia me sacó de quicio. ¿Qué sentido tiene, pensé, privarle de la vida si no le tiene ningún apego? Una idea macabra me atravesó la cabeza. Bajé la pistola.

—Tengo la impresión de que no es su momento de enfrentarse a la muerte —le dije—, está usted desayunando; no quisiera molestarle…

—No me molesta en absoluto —repuso—, tenga la bondad de disparar; aunque puede usted hacer lo que quiera, dispone de un disparo y siempre estaré a su disposición.

Me dirigí a los testigos, diciéndoles que no tenía intención de disparar y así acabó el duelo.

Dejé el servicio y me retiré a este lugar. Desde entonces no ha pasado un día en el que no haya pensado en la venganza. Por fin ha llegado mi hora…».

Silvio sacó del bolsillo la carta que había recibido por la mañana y me la dio a leer. Alguien (que parecía ser su apoderado) le escribía desde Moscú que la persona señalada iba a contraer matrimonio en breve con una bella y encantadora joven.

—Ya habrá adivinado —dijo Silvio— quién es esa persona señalada. Marcho para Moscú. Veremos si ahora recibe a la muerte con la misma indiferencia de la otra vez, cuando estaba tan ocupado con las cerezas.

Con estas palabras, Silvio se levantó, tiró la gorra al suelo y empezó a recorrer la habitación de arriba

abajo, como un tigre enjaulado. Lo había escuchado sin moverme. Me asaltaban sentimientos extraños y contradictorios.

Apareció el criado para anunciar que los caballos estaban preparados. Silvio me estrechó la mano con fuerza, nos dimos un beso. Subió a un carro donde había dos maletas, una con las pistolas, la otra con sus enseres. Nos despedimos otra vez y los caballos salieron al galope.

II

Pasados varios años, las circunstancias familiares me obligaron a instalarme en una pequeña aldea del distrito de N. Dedicado a la administración de mi propiedad no dejaba de añorar en secreto mi antigua vida ruidosa y exenta de preocupaciones. Lo que más trabajo me costaba era acostumbrarme a pasar las tardes de otoño y de invierno en la soledad más completa. Antes de comer el tiempo se me pasaba hablando con el stárosta, yendo a ver las faenas del campo o visitando las nuevas instalaciones; pero, cuando empezaba a anochecer temprano, no sabía qué hacer conmigo mismo. Los pocos libros que encontré debajo de los armarios y en el desván, me los aprendí de memoria. Todos los cuentos que podía recordar, el ama de llaves, Kirílovna, me los contó, las canciones de las campesinas me sumían en la melancolía. Intenté entregarme a la bebida, pero me producía dolor de cabeza y además, tengo que confesar que temía convertirme en un borracho por desdicha, el tipo de borracho más empedernido que abunda en nuestro distrito. No tenía vecinos cercanos, salvo dos o tres obstinados, cuya conversación constaba

fundamentalmente de hipos y de suspiros. La soledad era más llevadera.

A cuatro verstas de mi casa había una gran propiedad, que pertenecía a la condesa B., pero allí solamente vivía el administrador; la condesa había visitado su propiedad una sola vez, durante el primer año de su matrimonio, y no estuvo más de un mes. Sin embargo, durante la segunda primavera de mi retiro, corrió el rumor de que la condesa pensaba venir con su marido a pasar el verano y efectivamente, llegaron a principios del mes de junio.

La llegada de un vecino rico supone un gran acontecimiento para los habitantes de un pueblo. Tanto los terratenientes como sus siervos hablan de ello con dos meses de antelación y durante los tres años siguientes. Por lo que a mí se refiere, tengo que confesar que la llegada de una vecina joven y hermosa me produjo un gran efecto; ardía en deseos de verla, así que al primer domingo de su llegada me dirigí después de comer al pueblo de ***, con el objeto de presentarme a sus excelencias como su vecino más cercano y seguro servidor.

El lacayo me acompañó hasta el despacho del conde y se adelantó para anunciar mi visita. El amplio despacho

estaba decorado con toda clase de lujos; junto a las paredes había armarios llenos de libros y con un busto de bronce encima de cada uno; sobre la chimenea de mármol colgaba un gran espejo; el suelo estaba forrado de paño verde y cubierto de alfombras. Yo, que en mi pobre rincón había perdido la costumbre del lujo y que llevaba mucho tiempo sin ver la riqueza de otros, me azoré. Esperaba al conde con una especie de ansiedad, como un pedigüeño de provincias espera la salida de un ministro. Se abrieron las puertas y entró un hombre de unos treinta y dos años extraordinariamente bien parecido. El conde se acercó a mí con un ademán abierto y amistoso; yo intenté rehacerme y comencé a presentarme, pero él se adelantó. Tomamos asiento. Su conversación, fácil y amable, pronto disipó mi huraña timidez; empezaba a recobrar mi compostura acostumbrada cuando de pronto entró la condesa, y la timidez volvió a apoderarse de mí con más fuerza. Efectivamente, era una belleza. El conde me presentó; quise mostrar desenvoltura, pero cuanto más intentaba asumir un aire suelto, más incómodo me sentía. Los condes, para darme tiempo a que me recuperara y me hiciera a la nueva situación, se pusieron a hablar entre ellos, tratándome sin ceremonias como a un buen vecino. Me entretuve en recorrer la

habitación, mirando los libros y los cuadros. No soy muy entendido en pintura; sin embargo, uno de los cuadros atrajo mi atención. Representaba una vista de Suiza, pero lo que me impresionó no fue la pintura, sino el hecho de que el cuadro estuviera atravesado por dos balas, ambas disparadas en el mismo punto.

—He aquí un buen disparo —dije dirigiéndome al conde.

—Sí —contestó—, es un disparo verdaderamente excepcional. ¿Es usted buen tirador? —continuó.

—No soy malo —contesté, contento de que la conversación se refiriera por fin a un tema de mi dominio—. No fallaría un naipe a treinta pasos, naturalmente con una pistola que conociera.

—¿De veras? —preguntó la condesa con aire muy atento—. Y tú, querido, ¿darías en un naipe a treinta pasos de distancia?

—Algún día lo intentaremos —contestó el conde—. En tiempos no era mal tirador, pero llevo cuatro años sin tocar una pistola.

—En ese caso —repuse—, apuesto a que su excelencia fallaría el tiro incluso a veinte pasos: la pistola exige ejercicio diario. Lo sé por experiencia. En mi regimiento estaba considerado uno de los mejores tiradores. Una vez pasé un mes entero sin coger la pistola: estaban arreglando las mías, y ¿qué cree que pasó, excelencia? En la primera ocasión que tuve que volver a disparar, fallé cuatro tiros seguidos sobre una botella a veinticinco pasos. Teníamos un capitán que era un bromista; aquel día andaba por allí y me dijo: amigo, hay que ver la devoción que despierta una botella. No, excelencia, no se puede descuidar este ejercicio, de lo contrario se pierde el hábito. El mejor tirador que he conocido nunca disparaba todos los días, antes de comer y tres veces por lo menos. Lo tenía por costumbre, como quien se toma una copa de vodka.

El conde y la condesa estaban contentos de que yo me hubiera soltado a hablar.

—¿Y qué tal tiraba? —preguntó el conde.

—Verá usted, excelencia: divisaba de repente una mosca en la pared, ¿se ríe usted, condesa? Le juro que es verdad. En cuanto veía la mosca gritaba: Kuzka, la

pistola. Kuzka le traía la pistola cargada. Entonces, ¡pam!, hundía la mosca en la pared.

—¡Increíble! —dijo el conde—. ¿Y cómo se llamaba?

—Silvio, excelencia.

—¡Silvio! —exclamó el conde, levantándose de un salto—. ¿Conoció usted a Silvio?

—Cómo no, excelencia. Éramos amigos, estaba aceptado en nuestro regimiento como un verdadero amigo y compañero. Hace cinco años que no tengo noticias de él. Pero entonces, ¿su excelencia también lo conoció?

—Sí, lo conocí, ¿no le contaría nunca…? Pero no, no creo… ¿Nunca le contó un extraño incidente?

—¿No será lo de la bofetada que le dio un bribón en una fiesta?

—¿Y le dijo el nombre de ese bribón?

—No, excelencia, no me lo dijo… ¡Ay, excelencia!

—Continué, empezando a adivinar la verdad—, usted perdone… no sabía… ¿no sería usted?

—Yo mismo —contestó el conde con una expresión de profundo disgusto—, y ese cuadro agujereado es el recuerdo de nuestro último encuentro…

—Por favor, querido —dijo la condesa—, te pido por Dios que no lo cuentes; me daría pavor escucharlo.

—No —contestó el conde—, voy a contarlo todo. Usted sabe cómo ofendí a su amigo, quiero que sepa cómo se vengó Silvio.

El conde me acercó una butaca, y con enorme curiosidad escuché el siguiente relato:

—Hace cinco años me casé. El primer mes, the honeymoon, lo pasamos aquí, en este pueblo. A esta casa le debo los mejores momentos de mi vida y uno de los recuerdos más penosos.

«Una tarde estábamos montando juntos a caballo. El caballo de mi mujer se puso algo terco. Ella se asustó, me dio las riendas y regresó a casa a pie; yo iba delante. Al

llegar al patio vi un carro de viaje. Me dijeron que había una persona en mi despacho que no había querido revelar su nombre y que tan solo había hecho saber que tenía que tratar de un asunto conmigo. Entré en esta habitación y vi en la oscuridad a un hombre polvoriento y con la barba crecida. Estaba de pie junto a esa chimenea. Me acerqué a él intentando recordar sus rasgos.

—¿No me conoces, conde? —dijo con voz temblorosa.

—¡Silvio! —grité, y he de confesar que sentí cómo se me erizaban los cabellos.

—Así es —continuó—, me debes mi disparo. He venido a descargar mi pistola; ¿estás preparado?

La pistola asomaba de su bolsillo lateral. Medí doce pasos y me coloqué en aquella esquina, pidiéndole que disparara cuanto antes, mientras mi mujer estaba fuera. Él no parecía darse prisa; pidió luz. Trajeron las velas. Cerré las puertas con llave, dije que no entrara nadie y le pedí de nuevo que disparara. Sacó la pistola y apuntó…

Yo contaba los segundos… pensaba en ella… ¡Aquel minuto que pasó fue terrible! Silvio bajó la mano.

—Siento mucho —dijo— que la pistola no esté cargada con pipas de cereza… la bala es pesada. Tengo la impresión de que esto no es un duelo, sino un asesinato. No estoy acostumbrado a apuntar a alguien que está desarmado. Empecemos de nuevo, echemos a suertes quién tiene que disparar primero.

La cabeza me daba vueltas… Creo que me negué a aceptarlo… Por fin cargamos otra pistola; doblamos dos papeles; él los metió en la gorra que yo había atravesado tiempo atrás; de nuevo saqué el número uno.

—Tienes una suerte diabólica, conde —dijo con una sonrisa que nunca olvidaré—. No comprendo qué fue lo que me ocurrió entonces y cómo consiguió obligarme a ello… pero disparé y di en aquel cuadro. (El conde señaló con el dedo el cuadro atravesado; su cara ardía como el fuego; la condesa estaba más blanca que su pañuelo: yo no pude contener una exclamación).

Disparé —continuó el conde— y, gracias a Dios, fallé; entonces Silvio *** (en aquel momento tenía un aspecto realmente terrible) Silvio comenzó a apuntarme. De pronto se abrieron las puertas y Masha entró corriendo,

echándoseme al cuello con un grito. Su presencia me devolvió la serenidad.

—Querida —le dije—, ¿no te das cuenta de que esto es una broma? ¡Qué susto te has llevado! Anda, ve a beber un vaso de agua y vuelve aquí, te presentaré a mi viejo amigo y compañero.

Masha no acababa de creérselo.

—Dígame, ¿está diciendo la verdad mi marido? —preguntó, dirigiéndose al terrible Silvio—. ¿Es verdad que todo esto es una broma?

—Su marido siempre está de broma, condesa —le contestó Silvio—. Una vez me dio en broma una bofetada, en broma me atravesó esta gorra, en broma acaba de fallar; ahora soy yo quien tiene ganas de gastar una broma…

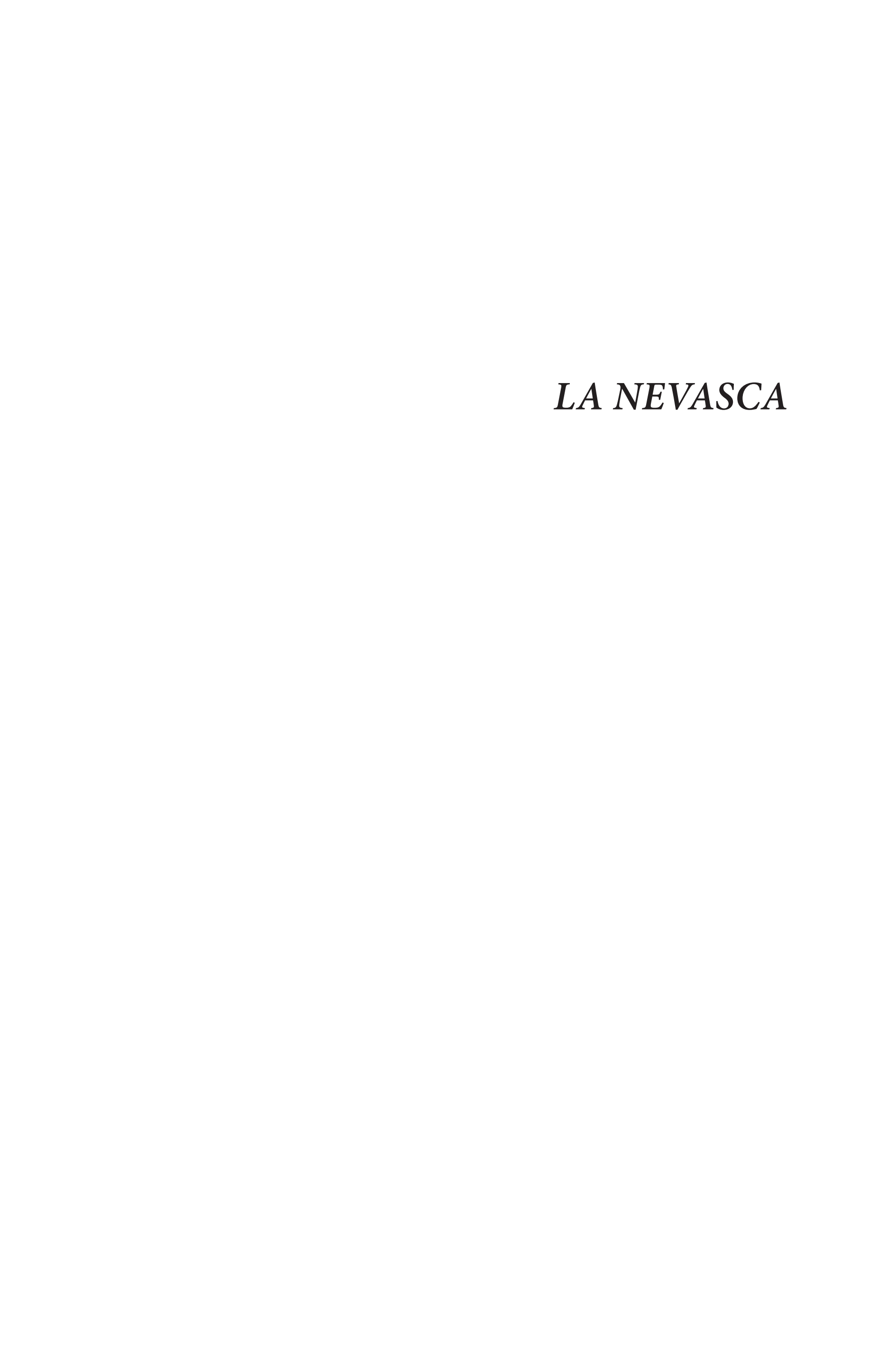
Con estas palabras empezó a apuntarme… ¡delante de ella! Masha se echó a sus pies.

—¡Levántate, Masha, qué vergüenza! —grité fuera de mí—, y usted, caballero, ¿quiere dejar de burlarse de esta pobre mujer? ¿Va a disparar o no?

—No lo haré —contestó Silvio—, ya estoy satisfecho, he visto tu desesperación, tu miedo; te he obligado a que me dispararas, tengo suficiente. Te acordarás de mí. Te dejo en manos de tu conciencia.

Se dirigió a la salida, pero se detuvo en la puerta; miró al cuadro que yo había atravesado; casi sin apuntar disparó en el mismo lugar y desapareció. Mi mujer se había desmayado; los criados no se atrevían a detenerle, le miraban con horror. Salió a la calle, llamó al cochero y se marchó antes de que yo pudiera reaccionar».

El conde guardó silencio. De esta manera, conocí el final de la historia, cuyo comienzo tanto me había impresionado. A su héroe no le volví a ver. Dicen que Silvio, durante la sublevación de Aleksandr Ypsilanti, dirigió un destacamento de hetairistas, y fue muerto en la batalla de Skulyany.



LA NEVASCA

A finales del año 1811, época memorable para todos nosotros, vivía en su propiedad de Nenarádovo el bueno de Gavrila Gavrílovich R. Tenía fama en toda la provincia por su hospitalidad y su buen corazón; sus vecinos solían ir a su casa a comer, a beber, a jugarse cinco kópeks con su mujer al boston; y algunos por ver a su hija María Gavrílovna, una joven alta y pálida de diecisiete años. Estaba considerada un buen partido y eran muchos los que la pretendían para ellos o para sus hijos.

María Gavrílovna se había educado en las novelas francesas y, en consecuencia, estaba enamorada. El objeto que su amor había escogido era un pobre alférez del ejército, que se encontraba de vacaciones en su pueblo. Como cabe suponer, al joven le devoraba la misma pasión, pero los padres de su amada, al notar esta inclinación mutua habían prohibido a su hija pensar en él siquiera, y le recibían peor que a un funcionario retirado.

Nuestros enamorados se escribían y se veían a solas todos los días, en el pinar o junto a la vieja capilla. Allí se juraban amor eterno, se lamentaban de su destino y urdían los planes más diversos. Así, escribiéndose y hablando, llegaron (cosa muy natural) al siguiente razonamiento:

si no podemos respirar el uno sin el otro, y la voluntad de nuestros crueles padres se opone a nuestra felicidad, ¿cómo podríamos esquivar ese obstáculo? Naturalmente, esta feliz idea se le ocurrió primero al joven, pero encantó sobremanera a la imaginación romántica de María Gavrílovna.

Llegó el invierno y los encuentros se acabaron; la correspondencia se hizo entonces todavía más frecuente. Vladímir Nikoláyevich le suplicaba en cada carta que se abandonara en sus manos, que se casaran en secreto, se ocultaran durante una temporada y luego se echaran a los pies de sus padres, que, lógicamente, se emocionarían por la constancia heroica y la desdicha de los enamorados y no podrían decirles otra cosa que «Hijos, venid a nuestros brazos».

María Gavrílovna vaciló durante mucho tiempo; numerosos planes de fuga fueron rechazados. Por fin aceptó: el día convenido tenía que retirarse sin cenar a su habitación con el pretexto de un fuerte dolor de cabeza. Su doncella también participaba en la conspiración, juntas debían salir al jardín por la puerta trasera, fuera encontrarían un trineo preparado, se montarían e irían

directamente a la iglesia de Zhádrino, un pueblo que estaba a cinco verstas de Nenarádovo, donde Vladímir las estaría esperando.

La víspera del día decisivo María Gavrílovna no durmió en toda la noche; hizo el equipaje, empaquetó su ropa y escribió una larga carta a una amiga suya, una señorita muy sentimental, y otra a sus padres. Se despedía de ellos con las expresiones más enternecedoras, disculpaba su comportamiento por la irresistible fuerza de su pasión y terminaba diciendo que consideraría como el momento más dichoso de su vida aquel en el que le fuera permitido echarse a los pies de sus queridísimos padres. Después de cerrar la carta con un sello de Tula, que representaba dos corazones ardientes con una inscripción al caso, se echó sobre la cama justo antes del amanecer y consiguió adormilarse; pero aun así la despertaban a cada instante espantosas pesadillas. Se figuraba que en el mismo momento en que subía al trineo para dirigirse a la iglesia, la detenía su padre, la arrastraba por la nieve con una velocidad tremenda y la tiraba en una catacumba negra y sin fondo… y ella caía con el corazón totalmente sobrecogido; o de pronto veía a Vladímir tumbado en la nieve, pálido y ensangrentado.

Moribundo, le rogaba con voz estridente que se casara con él cuanto antes… Estas y otras visiones espantosas y absurdas se sucedieron ante sus ojos. Cuando se levantó, más pálida que de costumbre, tenía un auténtico dolor de cabeza. Los padres notaron su desasosiego; su tierna preocupación y las incesantes preguntas: ¿qué te pasa Masha?, ¿no estarás enferma, Masha?, le desgarraban el alma. Intentaba calmarlos y parecer contenta, pero no fue capaz. Llegó la noche. La idea de que era la última vez que pasaba el día con su familia le oprimía el corazón. Se sentía más muerta que viva; se despedía en silencio de todas las personas, de todos los objetos que la rodeaban.

Sirvieron la cena; el corazón le latía con fuerza. Con voz temblorosa anunció que no tenía ganas de cenar y se despidió de sus padres. Ellos le dieron un beso y, como de costumbre, la bendijeron: Masha a duras penas consiguió contener las lágrimas. Al entrar en su habitación se dejó caer en un sillón y se echó a llorar. La doncella intentaba convencerla de que se calmara y se animara. Todo estaba dispuesto. Al cabo de media hora Masha abandonaría para siempre la casa de sus padres, su habitación, su apacible vida de soltera… Afuera había tormenta de nieve; el viento aullaba, las contraventanas

se estremecían y golpeaban; todo le parecía una amenaza y un mal presagio. Al poco tiempo se hizo el silencio en la casa, todos dormían. Masha se envolvió en un chal, se puso un abrigo de invierno, cogió su joyero y salió por la puerta trasera. La doncella la seguía llevando los dos bultos. Bajaron al jardín. La nevasca no amainaba; el viento les soplaba en el rostro, como si se esforzara en detener a la joven culpable. A duras penas consiguieron llegar hasta el borde del jardín. En el camino las esperaba ya el trineo. Los caballos, helados de frío, no podían estarse quietos; el cochero de Vladímir se agitaba junto a las varas luchando por contenerlos. Ayudó a la joven y a su doncella a acomodarse y a colocar los bultos y el joyero, cogió las riendas y los caballos echaron a volar. Pero dejemos a la joven en manos del destino y del arte de Tereshka, el cochero, y tornemos a nuestro joven enamorado.

Vladímir no paró en todo el día. Por la mañana fue a ver al pope de Zhádrino, a quien a duras penas logró convencer; luego marchó a buscar testigos entre los terratenientes del lugar. Al primero que visitó fue a Dravin, un corneta retirado de cuarenta años, que aceptó gustoso: aseguró que la aventura le recordaba

tiempos pasados y las travesuras de los húsares. Convenció a Vladímir para que se quedara a comer con él asegurándole que no habría ningún problema con los otros dos testigos. En efecto, inmediatamente después de comer aparecieron el agrimensor Schmidt, un hombre con bigote y espuelas, y el hijo de un capitán de policía, un muchacho de dieciséis años que acababa de ingresar en los ulanos. No solamente aceptaron la propuesta de Vladímir, sino que le juraron que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas por él. Vladímir, entusiasmado, les dio un abrazo y se marchó a su casa para prepararse.

Hacía tiempo que había anochecido. Mandó a Tereshka, que era de confianza, que llevara su troika a Nenarádovo y le dio severas y detalladas instrucciones: para él dispuso que le prepararan un trineo pequeño, de un caballo, y marchó solo sin cochero, a Zhádrino, adonde debía llegar también María Gavrílovna dos horas más tarde. Conocía bien el camino y sabía que no se tardaba más de veinte minutos.

Pero en cuanto Vladímir salió del pueblo y se encontró en el campo, se levantó viento desatando una nevasca tan fuerte que apenas le permitía ver nada. En

un instante la nieve cubrió el camino; los alrededores se esfumaron en una tiniebla turbia y amarillenta, rasgada únicamente por los blancos copos de nieve; el cielo se juntó con la tierra. Vladímir descubrió que se hallaba en medio del campo e intentó en vano volver al camino: el caballo pisaba a ciegas, y a cada momento se metía en un montón de nieve o en el fondo de un hoyo; el trineo volcaba constantemente. Vladímir trataba por todos los medios de no perder la orientación. Pero todavía no divisaba el bosque de Zhádrino, aunque le parecía que llevaba ya más de media hora avanzando. Pasaron otros diez minutos; el bosque seguía sin aparecer. Vladímir cruzaba un campo surcado por profundos barrancos. La nevasca no cedía y el cielo no aclaraba. El caballo empezaba a cansarse, y Vladímir chorreaba sudor a pesar de hundirse en la nieve hasta la cintura a cada instante.

Por fin tuvo que aceptar que había perdido el rumbo. Se paró: se puso a pensar, a recordar, a hacer cábalas y llegó a la conclusión de que debía torcer a la derecha. Se dirigió hacia la derecha. El caballo apenas avanzaba. Llevaba ya más de una hora de camino. Zhádrino tenía que estar cerca. Pero por más que avanzaba el campo no se acababa nunca. Todo a su alrededor eran montones

de nieve y barrancos; el trineo no hacía más que volcar y Vladímir no hacía más que levantarlo. El tiempo pasaba; Vladímir empezó a preocuparse. Por fin vio una mancha negra hacia un lado. Enfiló hacia ella. Al aproximarse vio que era un bosque. Alabado sea Dios, pensó, ya falta poco. Siguió el lindero del bosque, esperando encontrar en seguida el camino que conocía o bordearlo: al otro lado se encontraba Zhádrino. Pronto encontró el camino y se adentró en la oscuridad de los árboles despojados por el invierno. Allí el viento ya no podía huracanarse; el camino era liso; el caballo se animó y Vladímir se tranquilizó.

Pero seguía avanzando y Zhádrino no se veía; el bosque parecía no tener fin. Vladímir comprendió con horror que había penetrado en un bosque desconocido. La desesperación se apoderó de él. Dio un latigazo al caballo; el pobre animal se puso al trote, pero pronto tropezó y al cabo de un cuarto de hora volvía a marchar al paso, contra todos los esfuerzos del desdichado Vladímir.

Poco a poco los árboles empezaron a clarear y Vladímir salió del bosque: Zhádrino no se veía. Debía de ser cerca de la medianoche. Se echó a llorar y continuó

adelante sin rumbo fijo. La tormenta se iba calmando, se dispersaban las nubes, ante sus ojos se extendía una llanura cubierta por una ondulada alfombra blanca. La noche era bastante clara. A lo lejos divisó una aldea con cuatro o cinco casas. Vladímir se dirigió hacia ella. Saltó del trineo junto a la primera isba, corrió hacia la ventana y se puso a llamar. A los pocos minutos se levantó la contraventana de madera y un viejo asomó su barba blanca.

—¿Qué quieres?

—¿Está lejos Zhádrino?

—¿Que si está lejos Zhádrino?

—Sí, sí, Zhádrino.

—No mucho, unas diez verstas.

Al oír esta respuesta Vladímir se agarró del pelo y se quedó inmóvil, como un hombre condenado a muerte.

—¿De dónde eres? —preguntó el viejo. Vladímir no tenía fuerzas para contestar.

—¿Podrías encontrarme unos caballos para llegar a Zhádrino? —preguntó.

—¡Qué vamos a tener caballos! —contestó el viejo.

—¿Y alguien que me enseñe el camino? Le pagaré lo que quiera.

—Espera —dijo el hombre bajando la contraventana—, te mando a mi hijo, él te llevará.

Vladímir se quedó esperando. Antes de que pasara un minuto volvió a llamar. Se abrió la contraventana, apareció la barba.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde está tu hijo?

—Ahora sale, se está calzando. Qué pasa, ¿tienes frío? Entra si quieres.

—Gracias, pero mejor mándame a tu hijo cuanto antes.

Chirrió la puerta y salió un muchacho con una cachiporra; echó a andar, unas veces indicando, otras buscando el camino que había cubierto la nieve.

—¿Qué hora es? —le preguntó Vladímir.

—Va a amanecer en seguida —contestó el mozo. Vladímir ya no decía ni una palabra.

Ya era de día y cantaban los gallos cuando llegaron a Zhádrino. La iglesia estaba cerrada. Vladímir pagó a su guía y fue a la casa del pope. Su troika no estaba en el patio. ¡Qué noticia le esperaba!

Pero volvamos a nuestros buenos terratenientes de Nenarádovo y veamos qué pasa allí.

Pues nada.

Los viejos se levantaron y fueron a la sala. Gavrila Gavrílovich llevaba puesto el gorro de dormir y una chaqueta de franela, y Praskovia Petrovna, una bata guateada. Trajeron el samovar y Gavrila Gavrílovich mandó a una chica para que preguntara a María Gavrílovna cómo se sentía y cómo había dormido. La

chica volvió diciendo que la señorita había dormido mal, pero que ahora se encontraba mejor y que pronto vendría a la sala. En efecto, se abrió la puerta y entró María Gavrílovna que saludó a sus papás.

—¿Cómo va tu cabeza, Masha? —preguntó Gavrila Gavrílovich.

—Mejor, papá.

—Habrá sido por la estufa —dijo Praskovia Petróvna.

—Es posible, mamá —contestó Masha.

El día transcurrió normalmente, pero a la noche Masha volvió a sentirse mal. Mandaron a la ciudad en busca del médico. Vino tarde y encontró a la enferma delirando. Presa de una fiebre intensa, la pobre enferma pasó dos semanas al borde de la tumba.

En la casa nadie tuvo conocimiento del intento de fuga. Las cartas que había escrito la víspera se quemaron; la doncella no dijo nada a nadie, temiendo la ira de sus señores. El pope, el corneta retirado, el bigotudo agrimensor y el pequeño ulano fueron discretos y con

mucha razón. El cochero Tereshka nunca se iba de la lengua, ni cuando estaba borracho. De esta manera, se guardó el secreto entre más de media docena de conspiradores. Pese a todo era la propia María Gavrílovna quien lo revelaba continuamente en su delirio. Pero como sus palabras no guardaban relación con nada, su madre, que no se separaba de su cama, tan solo pudo comprender que Masha estaba locamente enamorada de Vladímir y que, seguramente, el amor era la causa de su enfermedad. Pidió consejo a su marido y a algunos vecinos, y al fin todos resolvieron unánimemente que ese amor debía ser el destino de María Gavrílovna, y que por más que hicieran no podían luchar contra el destino; que más vale pobre, pero honrado; que el dinero no da la felicidad y otras cosas por el estilo. Es sorprendente lo útiles que resultan los proverbios moralistas cuando no se nos ocurre nada para justificarnos.

Entretanto la joven empezó a mejorar. Hacía mucho que a Vladímir no se le veía por casa de Gavríla Gavrílovich, asustado como estaba por el recibimiento que le hacían habitualmente. Decidieron mandar a buscarlo para anunciarle la inesperada felicidad: los padres accedían al matrimonio. Pero cuál fue la sorpresa

de los terratenientes de Nenarádovo cuando recibieron como respuesta a su invitación una carta medio trastornada. Vladímir les aseguraba que nunca volvería a pisar su casa y pedía que olvidaran al desdichado cuya única esperanza era la muerte. A los pocos días se enteraron de que Vladímir se había incorporado al ejército. Era el año 1812.

Tardaron mucho tiempo en decírselo a Masha, que estaba convaleciente. Ella nunca mencionaba a Vladímir. Al cabo de unos meses, al encontrar el nombre de Vladímir en la lista de los que se habían destacado y habían sido heridos en Borodinó, se desmayó y todos temieron que volviera a recaer. Pero, gracias a Dios, el desmayo no tuvo consecuencias.

Le ocurrió otra desgracia: Gavrila Gavrílovich murió, dejándola heredera de sus propiedades. La herencia no la consoló; compartía sinceramente la pena de la pobre Praskovia Petrovna y le juró que no se separaría nunca de ella; ambas dejaron Nenarádovo, el lugar de tristes recuerdos, y se trasladaron a la finca que tenían en ***.

Fueron numerosos los pretendientes que rodearon a la rica y encantadora joven, pero ella no daba esperanzas

a ninguno. Cuando su madre intentaba convencerla de que eligiera a un compañero, María Gavrílovna meneaba la cabeza y se quedaba pensativa. Vladímir ya no existía: había muerto en Moscú la víspera de la entrada de los franceses. Su memoria era sagrada para Masha; al menos guardaba todo lo que podía recordárselo: los libros que él había leído, sus dibujos, las notas y poemas que había copiado para ella. Los vecinos, enterados de aquello, se asombraban de su constancia y esperaban con gran curiosidad al héroe que estaba llamado a vencer la triste fidelidad de aquella virginal Artemisa.

Entretanto la guerra había terminado gloriosamente. Nuestros regimientos regresaban del extranjero. El pueblo corría a recibirlos. Los músicos tocaban canciones traídas de la guerra: Vive Henri Quatre, valses tiroleses y arias de Joconde. Los oficiales, que habían marchado a la campaña siendo unos adolescentes, regresaban curtidos por vientos de mil batallas y cubiertos de cruces. Los soldados charlaban entre sí alegremente, mezclando palabras alemanas y francesas. ¡Tiempos inolvidables! ¡Tiempos de entusiasmo y de gloria! ¡Cómo latían los corazones rusos ante la palabra «patria»! ¡Qué dulces eran las lágrimas del encuentro! ¡Con qué unanimidad

fundíamos los sentimientos de orgullo nacional y de amor al soberano! Y para él, ¡qué momento!

Las mujeres, las mujeres rusas, estuvieron admirables. Su habitual frialdad había desaparecido; su entusiasmo era realmente embriagador cuando, al recibir a los vencedores, gritaban: «¡Viva!».

Y lanzaban sus gorritos al aire.

¿Qué oficial de los de entonces no confesaría que el mejor premio lo recibió de una mujer rusa?…

En aquellas fechas brillantes María Gavrílovna vivía con su madre en la provincia de *** y no pudo ver cómo celebraban las dos capitales el regreso del ejército. Pero en las provincias y en los pueblos el entusiasmo fue quizá todavía mayor. La aparición de un oficial le garantizaba un verdadero triunfo; cualquier enamorado vestido de frac hubiera tenido poco que hacer a su lado.

Habíamos dicho que María Gavrílovna, a pesar de su frialdad, estaba rodeada de pretendientes. Pero todos tuvieron que hacerse a un lado cuando apareció en su castillo Burmín, un coronel de húsares, herido en

la guerra, con la orden de San Jorge en la solapa y una interesante palidez, como decían las damiselas del lugar. Tenía cerca de veintiséis años. Había venido a pasar las vacaciones en su propiedad, cerca de la aldea de María Gavrílovna. Ella le trataba de una manera muy diferente. Delante de él su actitud ausente desaparecía y Masha se animaba. No podía decirse que estuviera coqueta con él, pero si el poeta tuviera que juzgar su conducta diría:

Seamor non è, che dunque…?

Burmín era, efectivamente, un joven muy agradable. Poseía precisamente aquella clase de inteligencia que gusta a las mujeres: una inteligencia reservada y observadora, sin ninguna pretensión y con una ironía despreocupada. Su comportamiento con María Gavrílovna era natural y espontáneo; pero sus ojos y su alma estaban detrás de cualquier cosa que dijera o hiciera ella. Parecía tener un carácter tranquilo y modesto; sin embargo, la gente aseguraba que anteriormente había sido un desenfrenado vividor, cosa que no le perjudicaba en absoluto en la opinión de María Gavrílovna, que (como todas las damas jóvenes) perdonaba de buena gana las travesuras que revelaban un carácter valiente y apasionado.

Pero lo que más… (más que su dulzura, más que su agradable conversación, más que su interesante palidez, más que su brazo vendado) lo que más despertaba su curiosidad y su imaginación era el silencio del joven húsar. Ella no podía dejar de advertir lo mucho que gustaba al joven; seguramente él, hombre de mundo e inteligente, también había notado que ella le distinguía entre los demás: ¿cómo era posible entonces que todavía no le hubiera visto a sus pies ni hubiera escuchado su declaración de amor? ¿Qué era lo que le frenaba? ¿Era la timidez, inseparable del verdadero amor, el orgullo o la coquetería de un astuto Don Juan? Este era el misterio. Después de darle muchas vueltas resolvió que la timidez era la única causa posible y decidió alentarlo con nuevas atenciones, incluso con ternura si las circunstancias lo permitían. Anticipando un desenlace insólito, esperaba con impaciencia el momento de la declaración romántica. El secreto, cualquiera que sea su índole, es insoportable para el corazón femenino. Sus estrategias surtieron el efecto deseado; al menos, Burmín parecía sumido en una melancolía tan profunda y sus ojos negros se detenían en María Gavrílovna con tanto ardor, que el momento decisivo parecía inminente. Los vecinos hablaban de la boda como de una cosa hecha y la buena Praskovia

Petrovna se alegraba de que su hija hubiera encontrado por fin el partido que se merecía.

Un día, mientras la anciana estaba haciendo un solitario en la sala entró Burmín y preguntó inmediatamente por María Gavrílovna.

—Está en el jardín —contestó la anciana—, vaya usted para allá, yo me quedo aquí esperándoles.

Burmín salió y la vieja se santiguó pensando: «A lo mejor hoy se arregla todo».

Burmín encontró a María Gavrílovna junto al estanque, bajo un sauce, con un libro en la mano y vestida de blanco, como una auténtica heroína de novela. Después de haber contestado a las primeras preguntas, María Gavrílovna dejó intencionadamente que la conversación languideciera, aumentando así la turbación mutua, de tal modo que solamente se pudiera resolver con una declaración súbita y decidida. Eso fue lo que pasó: Burmín, dándose cuenta de la dificultad de la situación, anunció que desde hacía tiempo había buscado la ocasión de abrirle su corazón y pidió un minuto de

atención. María Gavrílovna cerró el libro y bajó los ojos en señal de asentimiento.

—La amo —dijo Burmín—, la amo apasionadamente… (María Gavrílovna, ruborizándose, bajó la cabeza aún más). He actuado imprudentemente al entregarme a una dulce costumbre, la costumbre de verla y escucharla a diario… (María Gavrílovna recordó la primera carta de St. Preux). Ya es tarde para oponerme a mi destino; su recuerdo, su deliciosa e incomparable imagen, será de hoy en adelante la tortura y la alegría de mi vida, pero antes debo cumplir un penoso deber, revelarle un espantoso secreto y crear entre nosotros una barrera infranqueable…

—Esa barrera existió siempre —le interrumpió con viveza María Gavrílovna—, yo nunca podría ser su mujer…

—Ya sé que usted amó —contestó en voz baja— pero la muerte y tres años de sufrimiento… ¡Querida, amada María Gavrílovna!, no trato de privarme del último consuelo; la idea de que usted podría acceder a hacerme feliz, si… cállese, por Dios, no diga nada. Me hace sufrir.

Sí, lo sé, siento que podría ser mía, pero soy el ser más desdichado… ¡estoy casado!

María Gavrílovna le miró con sorpresa.

—Estoy casado —continuó Burmín—, llevo más de tres años casado aunque no sé quién es mi mujer, ni dónde está y ni si algún día habré de encontrarme con ella.

—¿Qué dice usted? —exclamó María Gavrílovna—. ¡Qué extraño! Continúe, luego le contaré algo… pero continúe, haga el favor.

—A principios de 1812 —dijo Burmín— me encontraba de viaje, tenía mucha prisa por llegar a Vilna, donde estaba nuestro regimiento. Una noche, al llegar a una posta, mandé que me prepararan los caballos en seguida, cuando de pronto se levantó una terrible nevasca; el maestro de postas y los cocheros me aconsejaron que me quedara. Les hice caso, pero una inquietud inexplicable se apoderó de mí; me parecía que alguien me empujaba. La nevasca seguía; no pude soportarlo más, ordené que prepararan los caballos y me lancé a la tormenta. El cochero prefirió ir a lo largo del

río, lo cual debía acortarnos el camino por lo menos tres verstas. Como la orilla del río estaba cubierta de nieve, el cochero no consiguió encontrar el lugar por donde se enlazaba con el camino y nos encontramos en un paraje desconocido. La tormenta no amainaba; vi una luz y ordené que nos dirigiéramos a ella. Llegamos a una aldea; en la iglesia de madera había luz. La iglesia estaba abierta, había varios trineos fuera de la verja y gente en el atrio.

«—¡Por aquí! ¡Por aquí! —gritaron varias voces—. Le dije al cochero que se acercara.

—¡Por Dios!, ¿cómo te has retrasado tanto? —me dijo alguien—. La novia se ha desmayado, el pope no sabe qué hacer; estábamos a punto de volver. Ven en seguida.

Sin decir una palabra salté del trineo y entré en la iglesia, débilmente iluminada por dos o tres velas. En un rincón oscuro había una joven sentada en un banco; otra le frotaba las sienes.

—Gracias a Dios —dijo la segunda—, por fin ha llegado. Por poco mata a la señorita.

Un viejo sacerdote se acercó a mí y me preguntó:

—¿Desea que empecemos?

—Empiece, padre —le dije distraído. Levantaron a la joven. Me pareció agraciada… ¡qué frivolidad tan incomprensible e imperdonable! Me coloqué junto a ella delante del altar; el sacerdote se daba prisa; tres hombres y la doncella sostenían a la joven y solo se preocupaban de ella. Nos casaron.

—Daos un beso —nos dijeron. Mi mujer volvió hacia mí su pálido rostro. Quise besarla… Ella gritó:

—¡Ah, no es él! —y cayó sin sentido. Los testigos me miraron despavoridos. Di media vuelta, salí de la iglesia sin encontrar obstáculo alguno, salté en la kibitka y grité: ¡En marcha!».

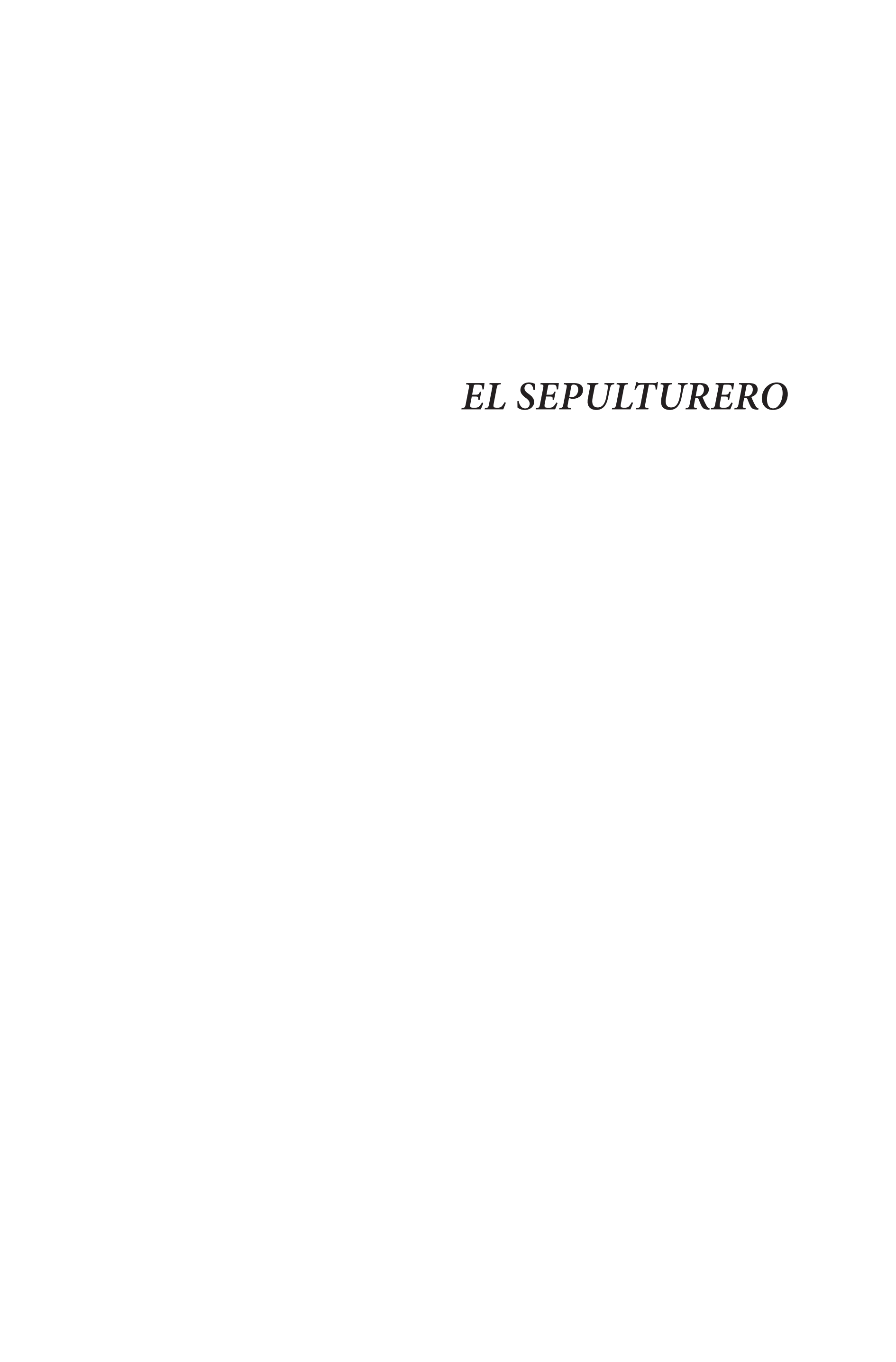
—¡Dios mío! —exclamó María Gavrílovna—. Y ¿no sabe usted qué ha sido de su pobre mujer?

—No sé nada —contestó Burmín—, no sé cómo se llama la aldea donde me casé. No recuerdo de qué posta salí. En aquel momento le di tan poca importancia a mi

criminal travesura que al alejarme de la iglesia me quedé dormido y no me desperté hasta la mañana siguiente, ya en una tercera posta. El criado que me acompañaba murió en la campaña, así que ni siquiera me queda la esperanza de encontrar a la mujer a quien gasté esa broma tan cruel y que ahora se ha vengado tan cruelmente.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo María Gavrílovna—, ¡entonces era usted! ¿No me reconoce?

Burmín palideció… y se arrojó a sus pies…



EL SEPULTURERO

Cargaron los últimos enseres del sepulturero Adrián Prójorov en un coche fúnebre y por cuarta vez la escuálida pareja de caballos se arrastró desde la calle de Basmánnaya a la de Nikítskaya, donde el sepulturero se trasladaba con toda la casa. Tras cerrar la tienda con llave, clavó en la puerta un anuncio en el que se ofrecía el local en venta o en alquiler, y se dirigió a pie a su nueva casa. Al acercarse a la casita amarilla que desde hacía mucho tiempo había alimentado sus sueños y que al fin había podido comprar por una considerable cantidad de dinero, el viejo sepulturero sintió con sorpresa que su corazón no se alegraba. Cuando traspasó la puerta desconocida y encontró en su nueva vivienda un gran alboroto, suspiró por su decrépita choza, en la que durante dieciocho años todo había seguido el orden más estricto; riñó a sus dos hijas y a la sirvienta por su lentitud y se puso él mismo a ayudarlas. Pronto se estableció el orden: el altar con los íconos, el armario con la vajilla, la mesa, el diván y la cama ocuparon rincones especiales en la habitación del fondo; en la cocina y en la sala se colocaron los artículos del dueño: los ataúdes de todos los colores y tamaños, así como los armarios con sombreros y capas de luto y las antorchas. Sobre la puerta se alzó un letrero que mostraba a un cupido corpulento con una antorcha invertida y

una inscripción que decía: «Aquí se venden y se forran ataúdes sencillos y pintados; también se alquilan y se arreglan los viejos». Las muchachas se marcharon a su habitación. Adrián recorrió su vivienda, se sentó junto a la ventana y mandó a preparar el samovar.

Mis ilustrados lectores sabrán que Shakespeare y Walter Scott presentaron a sus sepultureros como hombres alegres y dicharacheros, con el fin de que el contraste impresionara aún más nuestra imaginación. Por respeto a la verdad no podemos seguir su ejemplo y debemos reconocer que el carácter de nuestro sepulturero correspondía totalmente a su siniestro oficio. Habitualmente Adrián Prójorov estaba sombrío y meditabundo. Solamente interrumpía su silencio para regañar a sus hijas si las encontraba ociosas mirando por la ventana a los transeúntes, o para pedir por sus obras un precio desorbitado a aquellos que habían tenido la desgracia (o a veces la satisfacción) de necesitarlas. Así estaba, pues, Adrián, sentado a la ventana, bebiendo la séptima taza de té y sumido como de costumbre en una triste meditación. Pensaba en la lluvia torrencial que hacía una semana había sorprendido junto al mismo cementerio el entierro de un brigadier retirado. Muchas

capas habían encogido, muchos sombreros se habían deformado. Preveía gastos inevitables, ya que su vieja colección de trajes fúnebres se encontraba en un estado lamentable. Esperaba compensar las pérdidas a costa de la vieja comerciante Triújina, que llevaba casi un año al borde de la muerte. Pero Triújina estaba muriéndose en Razgulay, y Prójorov temía que a sus herederos les diera pereza mandar a buscarle tan lejos y que, a pesar de su promesa, llegaran a un acuerdo con un sepulturero más cercano.

Estos pensamientos fueron de pronto interrumpidos por tres golpes masones en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el sepulturero. Se abrió la puerta y un hombre, en el que a primera vista se reconocía a un artesano alemán, entró en la habitación y se acercó al sepulturero con aire afable.

—Perdone, respetable vecino —dijo en aquella jerga rusa que hasta hoy en día nos produce accesos de risa—, perdone que le moleste… quería conocerle cuanto antes. Soy zapatero, mi nombre es Gottlieb Schultz y vivo al otro lado de la calle, en la casita que está enfrente de sus ventanas. Mañana celebro mis bodas de plata y le pido a

usted y a sus hijas que vengan a comer a mi casa como buenos amigos.

La invitación fue aceptada condescendientemente. El sepulturero rogó al zapatero que se sentara y tomara una taza de té, y al poco, gracias al carácter abierto de Gottlieb Schultz, estaban hablando como amigos.

—¿Qué tal va su negocio? —preguntó Adrián.

—¡Ejem! —contestó Schultz—, así, así. No me puedo quejar. Aunque, claro está, mi mercancía no es como la suya: el vivo puede pasarse sin botas, pero el muerto no vive sin ataúd.

—Es la pura verdad —dijo Adrián—, pero si el vivo no tiene con qué comprarse unas botas, perdóneme, pues anda descalzo; y un muerto pobre se lleva el ataúd de balde.

De este modo, la conversación continuó durante un rato; por fin el zapatero se levantó y se despidió del sepulturero reiterando la invitación.

Al día siguiente a las doce en punto, el sepulturero y sus hijas salieron por la puerta de su casa recién comprada

y se dirigieron a la casa del vecino. No voy a describir el caftán ruso de Adrián Prójorov ni los trajes europeos de Akulina y Daria, apartándome en este caso de la costumbre común a los novelistas de ahora. No obstante, considero necesario hacer constar que ambas jóvenes se pusieron sombreros amarillos y zapatos rojos, cosa reservada exclusivamente para las grandes ocasiones.

La pequeña casa del zapatero estaba llena de invitados, de los cuales la mayoría eran artesanos alemanes con sus mujeres y aprendices. El único funcionario ruso que había era un guardia, el finés Yurkó, que, a pesar de su modesta condición, había sabido ganarse la especial benevolencia del dueño de la casa. Llevaba unos veinticinco años sirviendo en el puesto con plena abnegación, como el cartero de Pogorelsky. El incendio de 1812 que asoló la capital también destruyó su garita amarilla. Pero inmediatamente después de que el enemigo fuera expulsado, se levantó en su lugar otra nueva, de color gris y con columnas dóricas blancas, y Yurkó volvió a pasear junto a ella con su alabarda y su coraza de paño tosco. Casi todos los alemanes que vivían junto a la Puerta Nikítskaya le conocían; algunos de ellos habían tenido incluso la ocasión de pasar la noche del domingo

en su garita. Adrián procuró entablar conversación con él, como persona que tarde o temprano puede resultar necesaria, y los dos se sentaron juntos, cuando los demás invitados pasaron a la mesa. El señor y la señora Schultz y su hija Lotchen de diecisiete años comían con los invitados, les convidaban insistentemente y al mismo tiempo ayudaban a la cocinera a servir. Corrían ríos de cerveza. Yurkó devoraba por un regimiento; Adrián no tenía nada que envidiarle; sus hijas estaban muy comedidas; la conversación, en alemán, se hacía cada vez más ruidosa. De pronto el anfitrión pidió la atención de todos y, abriendo una botella embreada, dijo en ruso con voz fuerte:

—¡A la salud de mi buena Luisa!

Chorreó el vino espumoso. El anfitrión besó tiernamente la fresca mejilla de su compañera de cuarenta años y los invitados bebieron ruidosamente a la salud de la buena Luisa.

—¡A la salud de mis queridos invitados! —proclamó el anfitrión abriendo la segunda botella, y los invitados se lo agradecieron vaciando sus copas. A partir de ese momento las rondas por la salud de unos y de otros

empezaron a sucederse sin tregua: brindaron a la salud de cada uno de los invitados por separado, brindaron por Moscú y una docena de ciudades germanas, brindaron por todas las corporaciones en general y cada una en particular, brindaron por los artesanos y sus aprendices. Adrián bebía concienzudamente, y se animó tanto que llegó a proponer un brindis en broma. De pronto uno de los invitados, un panadero gordo, levantó su copa y exclamó:

—¡A la salud de todos aquellos para quienes trabajamos, unserer Kundleute!

La sugerencia, al igual que todas las demás, fue recibida con unanimidad y alegría. Los invitados empezaron a saludarse unos a otros: el zapatero al sastre, el sastre al zapatero, el panadero a los dos, todos al panadero, y así sucesivamente. Yurkó, entre tantas reverencias mutuas, se volvió hacia su vecino y gritó:

—¿Qué te pasa, amigo? Bebe a la salud de tus muertos.

Todos se rieron a carcajadas, pero el sepulturero se sintió ofendido y se enfurruñó. Nadie reparó en ello y los

comensales siguieron bebiendo; cuando se levantaron de la mesa estaban ya tocando a vísperas.

Los invitados se marcharon a sus casas tarde, la mayor parte de ellos beodos. El panadero gordo y el encuadernador, cuya cara parecía encuadernada en tafilete rojo, llevaron del brazo a Yurkó a su garita, procurándose así el cumplimiento del proverbio ruso que dice: quien paga deuda, hace caudal. El sepulturero llegó a su casa borracho y malhumorado.

—Entonces, ¿qué pasa? —pensaba en voz alta—. ¿Es que mi oficio es menos honrado que el de los otros? ¿Acaso el sepulturero es hermano del verdugo? ¿De qué se ríen esos musulmanes? ¡Como si un sepulturero fuese un payaso de feria! Pensaba invitarlos para celebrar la nueva casa, darles un verdadero banquete, ¡ni hablar! Llamaré a aquellos para quienes trabajo: a mis muertos ortodoxos.

—Pero ¿qué dice usted, señor? —dijo la criada, que le estaba descalzando en aquel momento—. ¿Qué está diciendo? ¡Santígüese! ¡Invitar a los muertos a casa! ¡Qué horror!

—Te juro que los voy a llamar —continuó Adrián—, y además, mañana mismo: por favor, mis queridos benefactores, les espero mañana en mi casa, les daré un festín, todo lo que tenga.

Con estas palabras el sepulturero se fue a la cama y pronto se puso a roncar.

Todavía era de noche cuando despertaron a Adrián. Triújina, la comerciante, había muerto aquella misma noche; uno de sus dependientes había mandado a un recadero que vino a caballo a darle la noticia a Adrián. El sepulturero le dio diez kópeks de propina, se vistió a toda prisa, tomó un coche de alquiler y marchó a Razgulay. Junto a la puerta de la difunta estaba ya la policía, y un grupo de comerciantes merodeaba como cuervos al olor de un cadáver. La muerta yacía en la mesa, amarilla como la cera, pero sin estar desfigurada todavía por la descomposición. Junto a ella se agolpaban parientes, vecinos y criados. Todas las ventanas estaban abiertas; ardían las velas; los sacerdotes leían las oraciones. Adrián se acercó al sobrino de Triújina, un joven comerciante vestido con una levita a la última moda, para anunciarle que el ataúd, las velas, el sudario y demás artículos

fúnebres le serían suministrados a plena conformidad. El sobrino le dio las gracias distraídamente y le dijo que no pensaba discutir el precio, que confiaba en su honradez. El sepulturero, siguiendo su costumbre, le juró por Dios que no pediría de más, echó una mirada significativa al dependiente y se marchó a organizarlo todo. Pasó todo el día yendo desde Razgulay a la Puerta de Nikítskaya; para la noche todo quedó arreglado y se dirigió a su casa a pie, despidiendo al cochero. Era una noche de luna. El sepulturero llegó tranquilamente hasta la Puerta de Nikítskaya. Junto a la iglesia de la Ascensión le dio el alto nuestro amigo Yurkó, que al reconocerlo le deseó las buenas noches. Era tarde. Ya estaba el sepulturero cerca de su casa cuando, de pronto, le pareció que alguien se había aproximado a su puerta, la había abierto y desaparecía detrás de ella. «¿Quién podría ser? —pensó Adrián—. ¿Quién me necesita a estas horas? ¿Será un ladrón? ¿Será el amante de alguna de las idiotas de mis hijas? ¡Lo que faltaba!». El sepulturero estaba ya a punto de pedir auxilio a su amigo Yurkó. En aquel momento, alguien más se acercó a la puerta y se dispuso a entrar pero, al ver correr al dueño de la casa, se detuvo y se quitó el tricornio. La cara le pareció familiar a Adrián, pero con las prisas no tuvo tiempo de verla como es debido.

—Ha venido usted a verme —dijo Adrián jadeando—, pase, haga el favor.

—Déjate de cumplidos, amigo —dijo el otro con voz ronca—, pasa primero y muestra el camino a tus invitados.

Adrián no tuvo tiempo para cumplidos. La puerta estaba abierta y subió la escalera seguido del otro. Le pareció que había gente andando por sus habitaciones. «¿Quién demonios será?», pensó, se apresuró a entrar… y se le doblaron las piernas. La habitación estaba llena de muertos. La luna, que penetraba a través de la ventana, iluminaba sus rostros amarillos y azules, las bocas hundidas, los ojos turbios y semicerrados, las narices abiertas… Adrián reconoció con horror a las personas que habían sido enterradas gracias a sus esfuerzos y, en el hombre que había entrado con él, al brigadier que fue sepultado el día de la lluvia torrencial. Todos ellos, damas y caballeros, rodearon al sepulturero con saludos y reverencias, menos un pobre que había sido enterrado de balde hacía poco y que, azorado y avergonzado por sus harapos, no se atrevía a cercarse y permanecía humildemente en un rincón. Todos los demás iban

vestidos con decoro: las difuntas llevaban cofias con cintas, los funcionarios muertos aunque estaban sin afeitar, iban de uniforme, los comerciantes vestían caftanes de fiesta.

—Como verás, Prójorov —dijo el brigadier en nombre de los demás—, todos nos hemos levantado al oír tu invitación; se han quedado en casa únicamente aquellos que ya no pueden más, los que ya están desintegrados y a los que solamente les quedan los huesos, sin nada de piel; pero uno de estos no se ha podido aguantar, tantas ganas tenía de venir a verte a tu casa…

Entonces un pequeño esqueleto atravesó la multitud y se acercó a Adrián. Su calavera le sonreía cariñosamente. Como de un palo, colgaban del esqueleto trozos de paño rojo y verde, y jirones de hilo carcomido; los huesos de sus piernas se batían en las anchas botas como la maza en un mortero.

—No me has reconocido, Prójorov —dijo el esqueleto—. ¿Recuerdas a Piotr Petróvich Kurilkin, sargento retirado de la guardia, a quien en 1799 vendiste tu primer ataúd haciendo pasar uno de pino por uno de roble?

Con estas palabras el muerto le estrechó en su abrazo de huesos, pero Adrián, reuniendo todas sus fuerzas, dio un grito y le pegó un empujón. Piotr Petróvich se tambaleó, cayó y se deshizo completamente. Entre los muertos se levantó un murmullo de indignación; todos quisieron defender el honor de su compañero, rodearon a Adrián profiriendo insultos y amenazas, y el pobre anfitrión, ensordecido por sus gritos y casi aplastado, perdió la presencia de ánimo y se derrumbó sin sentido sobre los huesos del sargento retirado.

El sol llevaba largo rato iluminando la cama sobre la que yacía el sepulturero. Por fin abrió los ojos y vio a la criada que estaba soplando las brasas del samovar. Adrián recordó con horror todos los acontecimientos del día anterior: Triújina, el brigadier y el sargento Kurilkin aparecieron vagamente en su imaginación. Aguardaba en silencio que la criada iniciara la conversación y le contara las consecuencias de las aventuras nocturnas.

—Qué manera de dormir, Adrián Prójorovich —dijo Aksinia dándole la bata—. Han venido a verle el sastre y el guardia para decirle que hoy era el santo del comisario de policía, pero como estaba durmiendo no quisimos despertarlo.

—¿Y no han venido de parte de la difunta Triújina?

—¿Difunta? Pero ¿acaso ha muerto?

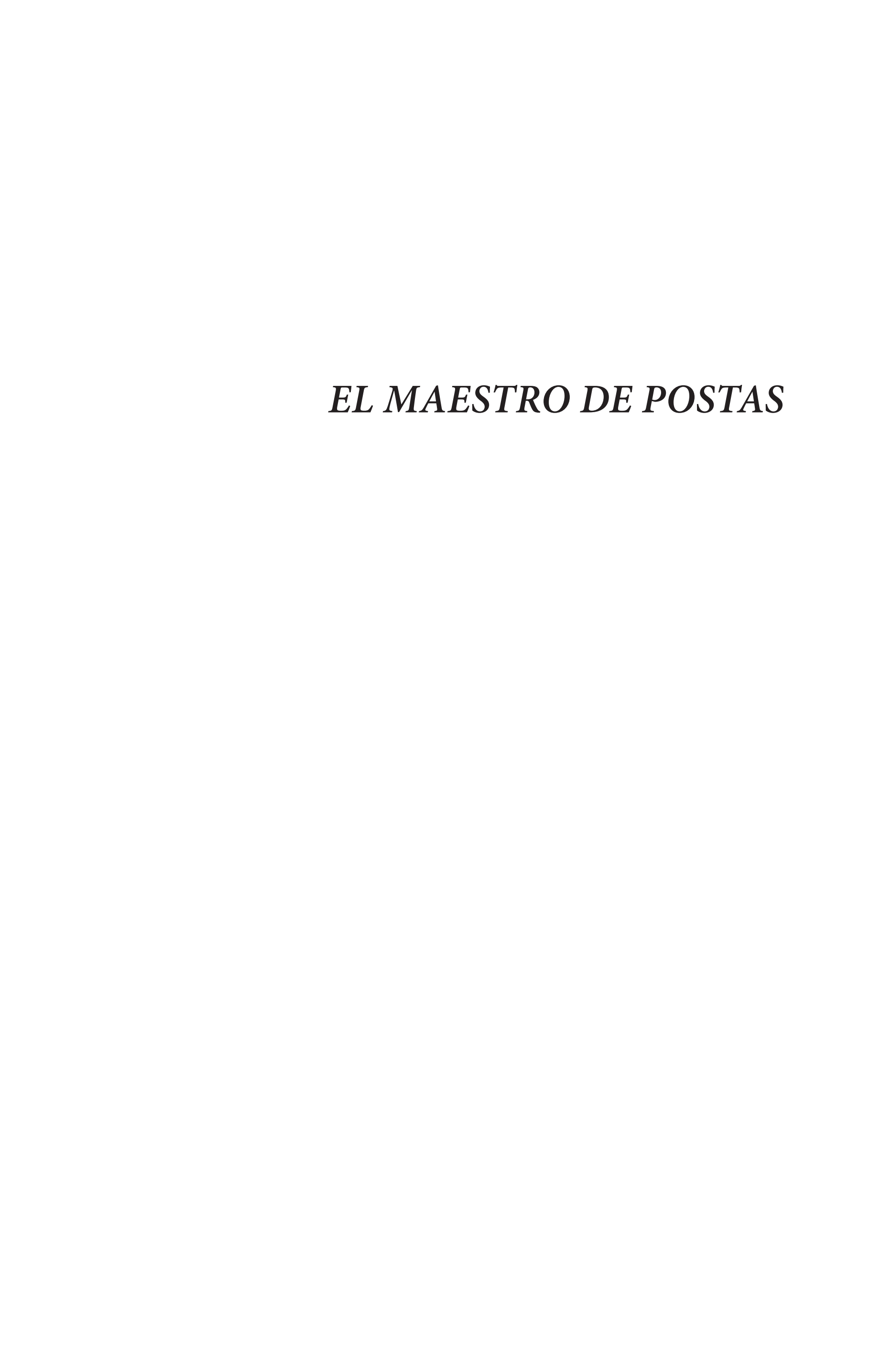
—¡Qué tonta eres! ¿No me ayudaste tú misma a arreglar su entierro?

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco o todavía no se le ha pasado la borrachera? ¿De qué entierro habla? Ayer pasó todo el día en casa del alemán, comiendo y bebiendo, volvió borracho, se echó a dormir y ha estado durmiendo hasta ahora, hasta que tocaron a misa.

—¿Es verdad eso? —preguntó el sepulturero, aliviado.

—¡Pues no se lo estoy diciendo! —contestó la criada.

—Bueno, si es así, trae el té en seguida y llama a mis hijas.



EL MAESTRO DE POSTAS

¿Quién no habrá maldecido a los maestros de postas, quién no habrá batallado con ellos? ¿Quién, en un momento de ira, no habrá exigido el libro fatídico para inscribir en él una queja inútil acerca de la arbitrariedad, la grosería y la desorganización? ¿Quién no los considera los monstruos del género humano, semejantes a los empleados de juzgado de antaño o, por lo menos, a los bandidos de los bosques de Múrom? Sin embargo, tratemos de ser justos e intentemos colocarnos en su situación y entonces, quizá, podremos juzgarlos más benévolamente. ¿Qué es un maestro de postas? Un verdadero mártir de la clase catorce, cuyo grado lo defiende únicamente de los malos tratos, y eso, no siempre (me remito a la conciencia de mis lectores). ¿Cuál es la misión de este dictador, como lo llama irónicamente el príncipe Viázemsky? ¿No es un verdadero castigo? No tiene un momento de paz ni de día ni de noche. Toda la irritación, acumulada durante un viaje aburrido, el viajero la vuelca sobre el maestro de postas. El tiempo es insufrible, el camino deplorable, el cochero terco, los caballos no avanzan, y la culpa es del maestro de postas. Al entrar en su humilde vivienda el transeúnte lo mira como a un enemigo; el maestro es afortunado si puede librarse del inesperado huésped en breve, pero ¿y si no hay caballos…? ¡Dios mío! ¡Qué

insultos, qué amenazas caerán sobre su cabeza! Los días de lluvia y barro se ve obligado a correr de una casa a otra; cuando hay tormenta o una helada navideña, se marcha al pasillo frío para descansar, aunque sea por un minuto, de los gritos y empujones de un inquilino irritado. Llega un general: el maestro tembloroso le da sus dos últimas troikas, entre ellas, la del correo. El general se marcha sin darle las gracias. A los cinco minutos una campanilla… y el inspector de correo le tira sobre la mesa su carta de viaje… Intentemos comprenderlo, y en nuestro corazón la conmiseración ocupará el lugar de la cólera. Unas palabras más: a lo largo de veinte años he estado recorriendo Rusia en todas las direcciones; conozco casi todas las líneas de correo. He podido observar varias generaciones de cocheros. Habrá pocos maestros de postas cuyas caras no me resulten familiares y he tenido que tratar con la mayoría de ellos. Tengo la esperanza de publicar en breve una curiosa colección de mis observaciones de los viajes. Por ahora quiero decir solamente que la clase de los maestros de postas ha sido presentada a la opinión pública de la manera más falsa. Los tan calumniados maestros de postas son, por lo general, personas pacíficas, serviciales por naturaleza, con inclinación sociable, modesta

en sus pretensiones de honores y poco codiciosa. Su conversación (que los señores pasajeros tratan de evitar tan incorrectamente) puede proporcionar muchas cosas curiosas y aleccionadoras. En lo que a mí respecta, tengo que confesar que prefiero su conversación a la charla de algún funcionario de sexta clase que viaja en comisión de servicio.

Es fácil adivinar que tengo amigos entre la respetable clase de maestros de postas. Efectivamente, el recuerdo de uno de ellos me resulta especialmente grato. Una vez nos acercaron las circunstancias, y de él precisamente tengo la intención de conversar con mis amables lectores.

En el año 1816, en el mes de mayo, tuve que pasar por la provincia de ***, por un trayecto que ya está suprimido. Tenía un grado bajo, viajaba en posta y podía pagar por dos caballos. Como consecuencia de ello, los maestros de postas gastaban pocos cumplidos conmigo, y muchas veces tuve que librar una batalla por algo que, según pensaba, me pertenecía por derecho. Siendo joven e impulsivo, me indignaba por la bajeza y cobardía del maestro de postas cuando este último destinaba al carruaje de un alto funcionario la troika que estaba preparada

para mí. Me costó el mismo trabajo acostumbrarme a que en las comidas de los gobernadores los selectivos criados pasaran por delante de mí sin servirme. Ahora ambas cosas me parecen normales. En realidad, ¿qué sería de nosotros si en lugar de la regla comúnmente aceptada: las jerarquías deben respetarse, se introdujera otra, por ejemplo: la inteligencia debe respetarse? ¡Qué discusiones surgirían entonces! ¿Y a quién empezarían a servir los criados? Pero volvamos a nuestra historia.

Era un día de calor. A tres verstas de la posta de *** empezó a chispear, y al minuto una lluvia torrencial me caló hasta los huesos. Cuando llegué a la posta mi primera preocupación fue cambiarme de ropa cuanto antes, y la segunda, pedir una taza de té.

—¡Dunia! —gritó el maestro de postas—. Enciende el samovar y ve a buscar crema.

Al oír estas palabras, de detrás de un tabique apareció una muchacha de unos catorce años, que corrió al pasillo. Su belleza me impresionó profundamente.

—¿Es hija tuya? —pregunté al maestro de postas.

—Sí, es mi hija —contestó con aire de amor propio satisfecho—, y es lista y rápida como su difunta madre.

Seguidamente se puso a copiar mi carta de viaje, y yo me dediqué a estudiar las estampas que decoraban su humilde, pero bien cuidada vivienda. Representaban la historia del hijo pródigo: en la primera un venerable anciano, con gorro y bata, despide al joven inquieto, que apresuradamente recibe su bendición y un saco con dinero. La segunda representa con vivos colores la conducta licenciosa del joven: está sentado a la mesa, rodeado de falsos amigos y mujeres desvergonzadas. A continuación, el joven, arruinado, vestido con harapos y un tricornio, está paciendo cerdos y comparte con ellos su ágape; su cara tiene una expresión de profunda pena y arrepentimiento. Finalmente, se ve su regreso a casa: el buen viejo, vistiendo el mismo gorro y la misma bata, corre a su encuentro; el hijo pródigo está de rodillas; en segundo término, el cocinero mata a un carnoso ternero y el hermano mayor pregunta a los criados por la causa de tanta alegría. Debajo de cada estampa leí unos adecuados versos en alemán. Sigo conservando todo esto en la memoria, igual que los tiestos con balsamina, la cama con una cortina de vivos colores y los demás

objetos que me rodeaban por aquel entonces. Veo ante mis ojos al propio dueño de la casa, un hombre de unos cincuenta años, fuerte y vivaz, su larga levita verde con tres medallas colgadas de unas cintas descoloridas.

Cuando estaba pagando a mi viejo cochero apareció Dunia con el samovar. La pequeña coqueta notó al momento la impresión que me había causado; bajó sus grandes ojos azules; yo empecé a hablar con ella y Dunia me contestaba sin timidez alguna, como una joven que conoce el mundo. Ofrecí al padre un vaso de ponche, a Dunia le di una taza de té y los tres nos pusimos a conversar, como si nos conociéramos de toda la vida.

Hacía rato que los caballos estaban preparados, pero yo no tenía ganas de separarme del maestro de postas y de su hija. Por fin, me despedí de ellos; el padre me deseó buen viaje y la hija me acompañó hasta el carro. En la puerta me detuve y le pedí permiso para darle un beso; Dunia accedió… Puedo contar muchos besos desde que me dedico a ello, pero ninguno me ha dejado un recuerdo tan duradero y agradable.

Pasaron varios años, y las circunstancias me llevaron al mismo trayecto y al mismo lugar. Recordé a la hija del

viejo maestro de postas y me alegré al pensar que volvería a verla. Aunque, pensé, el viejo maestro de postas ya habrá sido sustituido por otro y Dunia estará casada. La idea de que alguno de los dos podía haber muerto también pasó por mi imaginación, y me acerqué a la posta de *** con un triste presentimiento.

Los caballos pararon junto a la casa de posta. Al entrar en la habitación reconocí en seguida las estampas que representaban la historia del hijo pródigo; la cama y la mesa ocupaban el lugar de antes, pero en las ventanas ya no había flores y todo a mi alrededor respiraba miseria y abandono. El maestro de postas dormía cubierto con un abrigo de piel; mi llegada lo despertó y el viejo se incorporó… Efectivamente, era Samsón Vyrin, pero ¡cómo había envejecido! Mientras el hombre se preparaba para copiar mi carta de viaje, yo me quedé mirando sus canas, las profundas arrugas de la cara sin afeitar, la espalda encorvada, y no podía salir de mi asombro de cómo tres o cuatro años habían convertido a un hombre fuerte en un viejo decrépito.

—¿No me conoces? —le pregunté—. Somos viejos amigos.

—Puede ser —dijo con aire sombrío—; el camino es importante, por aquí pasa mucha gente.

—¿Cómo está tu Dunia? —continué. El viejo frunció el ceño.

—Dios sabe —contestó.

—¿Se habrá casado? —dije. El viejo hizo como si no oyera mi pregunta y siguió leyendo mi carta de viaje susurrando por lo bajo. Abandoné mi interrogatorio y pedí té. La curiosidad empezaba a inquietarme, y tenía esperanzas de que el ponche desataría la lengua de mi viejo conocido.

No me equivoqué: el viejo aceptó el vaso que le ofrecí. Me fijé en que el ron despejaba su mal humor. Con el segundo vaso se volvió hablador: me recordó o hizo como que me recordaba, pero conocí la historia que tanto me emocionó y me ocupó en aquellos días.

—¿Entonces, conoció usted a mi Dunia? —comenzó—. ¿Y quién no la conocía? ¡Ay, Dunia, Dunia! ¡Qué muchacha! Todos los que pasaban por aquí la alababan, nadie podía decir nada malo. Las señoras le

regalaban cosas, pañuelitos o pendientes. Y los señores se quedaban, como si fuera para comer o cenar, pero en realidad era para verla más tiempo. Me acuerdo de que cuando venía algún señor muy malhumorado, en cuanto la veía se calmaba, y ya se ponía amable conmigo. No sé si me va a creer usted, pero hasta los mensajeros y los inspectores de correo se quedaban hablando con ella media hora. La casa se mantenía gracias a ella, tenía tiempo para todo, para guisar y limpiar. Y yo, viejo imbécil, no podía quitarle ojo y estaba loco de alegría; cómo la quería, cómo mimaba a mi niña; ¿acaso le faltaba algo? Pero no hay quien escape de la desgracia, el destino es el destino.

Aquí empezó a contarme con detalle su desdicha. Hacía tres años, una tarde de invierno en la que el maestro de postas estaba trazando las rayas en su nuevo libro de cuentas y su hija se estaba haciendo un vestido detrás del tabique, se acercó una troika, y un viajero con gorro circasiano, abrigo militar y con un chal alrededor del cuello entró en la habitación exigiendo caballos. Todos los caballos estaban fuera. Al conocer esta noticia el viajero alzó la voz y la fusta, pero Dunia, acostumbrada a semejantes escenas, salió corriendo de su cuarto y

se dirigió dulcemente al pasajero preguntándole si no desearía comer algo. La aparición de Dunia produjo el efecto habitual. La ira del pasajero se pasó, accedió a esperar los caballos y encargó la cena. Al quitarse el gorro peludo y mojado, al desenrollar el chal y despojarse del abrigo, el pasajero apareció como un joven y esbelto húsar con bigotito negro. Se acomodó en la habitación del maestro de postas y se puso a hablar alegremente con él y con su hija. Sirvieron la cena. Mientras tanto llegaron los caballos y el maestro de postas ordenó que los engancharan inmediatamente, sin haberles dado de comer, en la kibitka del viajero; pero al regresar de la calle se encontró al joven tumbado en el banco, casi sin sentido: se había sentido mal, tenía un terrible dolor de cabeza y no podía continuar el viaje… ¡Qué iba a hacer! El maestro de postas le cedió su cama y se decidió que si el enfermo no se encontraba mejor, al día siguiente mandarían a S. por un médico.

El día siguiente el húsar se sintió todavía peor. Su criado marchó a caballo a la ciudad a buscar a un médico. Dunia le vendó la cabeza con un pañuelo empapado en vinagre y se sentó con su labor junto a su cama. En presencia del maestro de postas el húsar no hacía más que

quejarse y no decía ni una palabra; sin embargo, tomó dos tazas de café y entre quejas encargó la comida. Dunia no se separaba de él. Pedía de beber a cada momento, y Dunia le llevaba una taza con limonada hecha por ella. El enfermo humedecía sus labios y cada vez que le devolvía la taza a Dunia, le estrechaba la mano como señal de agradecimiento. A la hora de comer llegó el médico. Le tomó el pulso al enfermo, le habló en alemán, y anunció en ruso que necesitaba mucho reposo y que, pasados dos días, podría emprender el camino. El húsar le entregó veinticinco rublos y lo invitó a comer; el médico aceptó; ambos comieron con mucho apetito, se bebieron una botella de vino y se despidieron, muy satisfechos el uno con el otro.

Pasó otro día y el húsar se restableció completamente. Estaba extraordinariamente animado, bromeaba sin parar con Dunia o el maestro de postas, silbaba canciones, hablaba con los viajeros y anotaba sus cartas de viaje en el libro de postas, y el buen maestro se encariñó tanto con su amable inquilino que al tercer día le dio pena separarse de él. Era domingo; Dunia se disponía a ir a misa. Prepararon la kibitka del húsar. Se despidió del maestro de postas, pagándole generosamente por la

estancia y la comida; se despidió de Dunia y le ofreció llevarla a la iglesia que estaba al final del pueblo. Dunia no sabía qué hacer…

—¿De qué tienes miedo? —le dijo el padre—. Su señoría no es un lobo y no te va a comer. Date un paseo hasta la iglesia.

Dunia subió a la kibitka y se sentó junto al húsar, el criado se montó en el pescante, el cochero silbó y los caballos se pusieron en marcha.

El pobre maestro de postas no lograba comprender cómo había permitido que su Dunia se marchara con el húsar, cómo le había atacado semejante ceguera y qué le había ocurrido a su razón. Al cabo de media hora el corazón le empezó a doler, y la intranquilidad se apoderó de él hasta tal punto que, sin poder aguantarlo más, fue a misa. Al acercarse a la iglesia vio que la gente ya estaba marchándose, pero Dunia no estaba ni en la plaza ni en el atrio de la iglesia. Entró precipitadamente dentro de la iglesia: el pope salía del altar, el diácono apagaba las velas, dos viejas rezaban en un rincón, pero Dunia no estaba allí. El desdichado padre se decidió a duras penas a preguntarle al diácono si Dunia había estado en misa.

El diácono contestó que no había estado. El maestro de postas volvió a su casa medio muerto. La única esperanza que tenía era que Dunia, con la ligereza propia de su edad, hubiera decidido darse un paseo hasta la posta siguiente, donde vivía su madrina. Con angustiosa impaciencia esperó el regreso de la troika en la que había dejado marchar a Dunia. El cochero no volvía. Por fin, hacia la noche, llegó solo con la terrible noticia: «Dunia ha seguido desde la posta siguiente con el húsar».

El viejo no pudo soportar su desgracia; cayó en la misma cama donde había estado la víspera el joven mentiroso. Ahora, pensando en todo lo ocurrido, el maestro de postas empezó a comprender que la enfermedad había sido fingida. El pobre hombre cayó con una fuerte calentura; lo llevaron a S. y pusieron en su lugar a otro. El mismo médico que había atendido al húsar trató al maestro de postas. Le aseguró que el joven estaba completamente sano, y que él ya entonces había adivinado sus malas intenciones, pero que se había callado por temor a la fusta. No se sabía si era verdad lo que decía el alemán, o si estaba presumiendo de perspicacia, pero no consoló al pobre enfermo lo más mínimo. En cuanto el maestro de postas hubo mejorado,

pidió al inspector de correos de S. dos meses de permiso, y sin comunicarle a nadie su intención, se dirigió a pie en busca de su hija. Sabía por la carta de viaje que el capitán de caballería, Minsky, viajaba de Smolensk a Petersburgo. El cochero que le había llevado contaba que Dunia había pasado todo el camino llorando, aunque iba por su propia voluntad. «A lo mejor —pensaba el maestro de postas—, me traigo a casa a mi ovejita descarriada». Con este pensamiento llegó a Petersburgo, se hospedó en el regimiento Izmáilovsky, en casa de un sargento retirado que había sido compañero suyo, y emprendió la búsqueda. Pronto se enteró de que el capitán Minsky estaba en Petersburgo y vivía en la posada Demutovsky. El maestro de postas se decidió a ir a verlo.

Una mañana, muy temprano, entró en su antesala y pidió que anunciaran a su señoría que un viejo soldado quería verle. Un lacayo militar le dijo, mientras limpiaba una bota puesta en una horma, que el señor estaba durmiendo y que antes de las once no recibía a nadie. El maestro de postas se marchó y volvió a la hora indicada. El propio Minsky salió a recibirlo, con bata y gorrito rojo.

—¿Qué quieres, amigo? —le preguntó.

Al viejo le hirvió la sangre en las venas, los ojos se le llenaron de lágrimas y con voz temblorosa le dijo:

—¡Señoría!… hágame este favor, ¡por Dios!

Minsky le echó una mirada rápida, se puso colorado, lo agarró de la mano, lo llevó al despacho y cerró la puerta con llave.

—¡Señoría! —seguía el viejo—, lo que se ha perdido, perdido está; por lo menos, devuélvame a mi pobre Dunia. Usted ya se habrá divertido bastante, no la eche a perder para siempre.

—Lo hecho ya no se puede cambiar —dijo el joven tremendamente azorado—. Tengo la culpa y estoy dispuesto a pedirte perdón, pero no creas que puedo abandonar a Dunia: será feliz, te doy mi palabra de honor. ¿Para qué la quieres? Ella me ama y ha perdido la costumbre de vivir como antes. Ni tú ni ella vais a poder olvidar lo ocurrido.

Al decir esto le metió algo en la manga, abrió la puerta, y el maestro de postas, sin saber cómo, se encontró en la calle.

Estuvo largo rato inmóvil, por fin vio en la vuelta de su manga un fajo de papeles; lo sacó y se encontró con varios billetes arrugados de cinco y diez rublos. De nuevo los ojos se le llenaron de lágrimas, ¡pero eran lágrimas de indignación! Apretó los billetes en el puño, los tiró al suelo, los pisó con el tacón y echó a andar… Al cabo de unos pasos se detuvo, pensó un instante… y regresó… pero los billetes habían desaparecido. Al verlo un joven bien vestido corrió hacia un coche, se subió en él apresuradamente y gritó:

—¡En marcha!

El maestro de postas no lo persiguió. Decidió regresar a casa, a la posta, pero antes quería volver a ver a su pobre Dunia. Para ello volvió a casa de Minsky al cabo de tres días, pero el lacayo militar le dijo secamente que el señor no recibía, lo empujó con el pecho fuera de la antesala y le cerró la puerta en las narices. El maestro de postas se quedó un rato parado y luego se marchó.

Aquel mismo día, por la tarde, iba por la Litéynaya, después de haber ofrecido una misa en la iglesia de Todos los Afligidos. De pronto pasó a su lado un coche elegantísimo y el maestro de postas reconoció a Minsky.

El coche se detuvo delante de una casa de tres pisos, junto a la misma puerta, y Minsky subió corriendo las escaleras. Una idea feliz cruzó por la mente del maestro de postas. Volvió hacia atrás y, al encontrarse junto al cochero, le preguntó:

—¿De quién es este caballo? ¿No será de Minsky?

—Así es —contestó el cochero—, ¿y por qué lo preguntas?

—Verás, tu amo me ha dado una nota para que la llevara a su Dunia, pero me he olvidado de dónde vive.

—Aquí mismo, en el segundo piso. Pero llegas tarde con tu nota, está allí él mismo.

—No importa —repuso el maestro de postas con una emoción indescriptible—, gracias por habérmelo dicho, pero voy a hacer lo que se me ha mandado —y con estas palabras subió las escaleras.

Las puertas estaban cerradas; llamó y transcurrieron varios segundos de penosa espera. Sonaron las llaves y la puerta se abrió.

—¿Vive aquí Avdotia Samsónovna? —preguntó.

—Sí —contestó una criada joven—, ¿qué quieres?

El maestro de postas, sin contestar nada, entró en la sala.

—¡No puedes pasar! —gritó la criada—, Avdotia Samsónovna tiene visita.

Pero el maestro de postas siguió adelante sin hacerle caso.

Las dos primeras habitaciones estaban oscuras, en la tercera había luz. Se acercó a la puerta entreabierta y se detuvo. En la habitación, lujosamente amueblada, estaba sentado Minsky en actitud pensativa. Dunia, vestida con todo el lujo de la moda, se sentaba en el brazo de su sillón, como una amazona en su silla inglesa. Miraba a Minsky con ternura, enrollando sus negros rizos en sus dedos resplandecientes. ¡Pobre maestro de postas! Nunca su hija le había parecido tan hermosa; sin quererlo, la miraba con admiración.

—¿Quién es? —preguntó Dunia sin levantar la cabeza. El padre callaba. Al no recibir contestación Dunia

levantó la cabeza… y con un grito cayó sobre la alfombra. Minsky, asustado, se agachó para levantarla pero, viendo de pronto al viejo maestro de postas en la puerta, dejó a Dunia y se le acercó, temblando de ira.

—¿Qué quieres? —le dijo apretando los dientes—. ¿Por qué me persigues a todas partes como un bandido? ¿Me quieres matar? ¡Fuera de aquí! —y cogiendo al viejo con mano vigorosa por el cuello, lo empujó a la escalera.

El viejo volvió a casa. Su amigo le aconsejó que se quejara; el viejo lo pensó y decidió desistir. Al cabo de dos días se dirigió a su posta y volvió a trabajar en el lugar de siempre.

—Llevo tres años —concluyó— viviendo sin Dunia y sin saber nada de ella. Estará viva o muerta, Dios sabe. Ocurre de todo. No es la primera ni la última seducida por un pasajero juerguista, que la mantiene un tiempo y luego la abandona. Hay muchas en Petersburgo, jovencitas tontas, que hoy llevan raso y terciopelo y mañana están barriendo las calles con sus faldas junto a todo lo peor. Cuando pienso que a lo mejor Dunia está así, no puedo evitarlo, y, aunque es pecado, le deseo la tumba…

Así fue el relato de mi amigo, el viejo maestro de postas, un relato a menudo interrumpido por las lágrimas, que secaba pintorescamente con el faldón de su chaqueta, como el concienzudo Teréntich en la hermosa balada de Dmítriev. Estas lágrimas en parte fueron provocadas por el ponche, del que consumió cinco vasos a lo largo de su narración; sin embargo, me emocionaron profundamente. Después de haberme separado de él, tardé mucho tiempo en olvidar al viejo maestro de postas, pasé mucho tiempo pensando en la pobre Dunia…

Hace poco, pasando por el lugar de *** me acordé de mi viejo amigo; me enteré de que la posta que él dirigiera había sido suprimida. Cuando pregunté si el viejo maestro de postas estaba vivo nadie pudo darme una contestación satisfactoria. Decidí hacer una visita al lugar que conocí en tiempos, alquilé unos caballos y me dirigí al pueblo de N.

Esto ocurrió en otoño. Nubes grises cubrían el cielo; un viento frío soplaba de los campos recogidos, llevándose las hojas rojas y amarillas que se encontraba por el camino. Llegué al pueblo cuando el sol se ponía; y me detuve junto a la casa de posta. A la puerta (donde

antaño me besara la pobre Dunia) salió una mujer gruesa que a mis preguntas respondió que el viejo maestro de postas había muerto hacía un año, que en su casa se había instalado el cervecero y que ella era la mujer de este. Me arrepentí de mi viaje inútil y lamenté haber gastado siete rublos para nada.

—¿De qué murió? —le pregunté a la mujer del cervecero.

—De tanto beber, señor —contestó.

—¿Dónde le han enterrado?

—Detrás de la verja, junto a su difunta señora.

—¿No me podría acompañar alguien hasta su tumba?

—¿Por qué no? Oye, Vanka, ya está bien de jugar con el gato. Llévale al señor al cementerio y enséñale la tumba del maestro de postas.

Tras estas palabras salió corriendo un muchacho harapiento, pelirrojo y tuerto, que inmediatamente me condujo a las afueras del pueblo.

—¿Conocías al difunto? —le pregunté por el camino.

—¡Cómo no! Me enseñó a recortar caramillos. Cuando salía de la taberna (que en paz descanse) corríamos detrás de él; «¡abuelo, abuelo!, ¿tienes nueces?». Siempre estaba con nosotros.

—¿Y los viajeros se acuerdan de él?

—Ahora hay pocos viajeros; a veces pasa un asesor, pero ese no está para pensar en los muertos. En verano vino una señora, ella sí que preguntó por el viejo maestro de postas y hasta fue a su tumba.

—¿Qué señora? —pregunté interesado.

—Una señora guapísima —contestó el chico—. Vino en un coche de seis caballos, con tres señoritos pequeños, y además con la nodriza, y con un perro negro, se echó a llorar y les dijo a los niños: «Quédense quietos, que yo voy al cementerio». Yo le dije que la acompañaba. Y la señora dijo: «Conozco el camino». Y me dio cinco kópeks de plata, ¡una señora buenísima!…

Llegamos al cementerio, un lugar desnudo, sin vallado, sembrado de cruces de madera, sin la sombra de un solo árbol. Nunca había visto un cementerio tan triste.

—Esta es la tumba del maestro de postas —dijo el muchacho, saltando sobre un montón de arena, donde había clavada una cruz negra con una imagen de cobre.

—¿Es aquí donde vino la señora? —pregunté.

—Sí —contestó Vanka—, yo la miraba desde lejos. Se tumbó aquí y se quedó así mucho rato. Luego fue al pueblo y llamó al pope, le dio dinero y se fue, y a mí me dio cinco kópeks de plata, ¡una señora buenísima!

Yo también le di cinco kópeks al chico y ya no me arrepentía ni del viaje ni de los siete rublos que había gastado.

LA SEÑORITA CAMPESINA

En una de nuestras provincias alejadas se encontraban las propiedades de Iván Petróvich Bérestov. De joven sirvió en la guardia, se retiró a principios del año 1797, se marchó a su pueblo y desde entonces no había salido de allí. Se casó con una noble de familia pobre que murió al dar a luz, mientras él se encontraba en un campo apartado. Los ejercicios de la administración de la finca no tardaron en consolarle. Hizo una casa según su propio proyecto, construyó una fábrica de paños, triplicó los beneficios y empezó a considerarse el hombre más inteligente de toda la región, cosa que no discutían los vecinos, que visitaban su casa con sus familias y perros. Los días de diario llevaba una chaqueta de terciopelo de algodón, los días de fiesta se ponía una levita de paño de fabricación casera; él mismo llevaba las cuentas y no leía nada, excepto las Noticias del Senado. Por lo general, la gente lo quería, aunque se le juzgaba orgulloso. El único que se llevaba mal con él era Grigory Ivánovich Múromsky, su vecino más cercano. Era este un verdadero señor ruso. Habiendo dilapidado en Moscú la mayor parte de sus bienes, y ya viudo para aquella época, se marchó a su última aldea, donde siguió haciendo diabluras, pero ya de una manera nueva. Hizo un parque inglés que le hacía gastar casi todo el resto de sus ingresos. Sus mozos

de cuadra vestían como jockeys ingleses. Su hija tenía una institutriz inglesa. Explotaba sus tierras según el método inglés, «pero a la manera extraña no nace el trigo ruso» y pese a la considerable disminución de los gastos, los ingresos de Grigory Ivánovich no aumentaban. Incluso en el campo encontraba la manera de contraer nuevas deudas; con todo, tenía fama de hombre bastante listo, ya que fue el primero de los terratenientes de su provincia que tuvo la idea de hipotecar sus propiedades al Consejo Tutelar: operación que por entonces parecía extraordinariamente compleja y osada. Entre la gente que le censuraba era Bérestov, quien se expresaba con más severidad. El odio a las innovaciones constituía el rasgo distintivo de su carácter. No podía hablar con indiferencia de la anglomanía de su vecino y a cada minuto encontraba la ocasión para criticarle. Si enseñaba sus propiedades a un vecino, al responder a las alabanzas de su buena administración, decía con una pícara sonrisa: «Pues sí, no es como en casa de mi vecino Grigory Ivánovich. ¡Qué vamos a poder arruinarnos a la inglesa! No aspiramos más que a poder comer a la rusa». Estas y otras bromas similares gracias a la solicitud de los vecinos llegaban a conocimiento de Grigory Ivánovich con añadiduras y explicaciones. El anglómano aguantaba la crítica con la

misma impaciencia que nuestros periodistas. Rabiaba, y puso a su Zoilo el mote de oso y provinciano.

Así eran las relaciones de estos dos propietarios cuando el hijo de Bérestov vino a verle a la aldea. Se había educado en la universidad de *** y tenía la intención de ingresar en el servicio militar, pero el padre no daba su consentimiento. El joven se sentía totalmente incapaz para el servicio civil. Ninguno de los dos cedía, y el joven Alexey entretanto se puso a vivir como un señor del campo, dejándose el bigote por si acaso.

Alexey, sin duda alguna, era un buen mozo. Efectivamente, sería una lástima si el uniforme militar nunca llegara a ceñir su cuerpo esbelto y si, en lugar de componer una bella estampa montado a caballo, tuviera que pasar su juventud encorvado sobre unos papeles de oficina. Viendo cómo en las cacerías siempre cabalgaba el primero, sin elegir camino, los vecinos decían unánimes que nunca llegaría a ser un jefe de servicio como Dios manda. Las señoritas le echaban miradas que a veces se detenían durante bastante rato, pero Alexey les hacía poco caso y ellas suponían que la causa de esta insensibilidad residía en una relación amorosa. De hecho, circulaba

por la región la copia de las señas de una de sus cartas: «Para Akulina Petrovna Kúrochkina; Moscú, frente al monasterio Alexéyevsky, casa del calderero Savéliev; le ruego que haga llegar esta carta a A. N. R.».

Aquellos de mis lectores que no hayan vivido en el campo no se pueden imaginar qué delicia son estas señoritas de provincias. Educadas al aire libre, a la sombra de los manzanos de su huerto, extraen el conocimiento del mundo y de la vida de los libros. El aislamiento, la libertad y la lectura pronto desarrollan sus sentimientos y pasiones, desconocidos por nuestras bellas y distraídas damas. Para estas señoritas, el sonido de una campanilla ya es una aventura, el viaje a la ciudad más cercana constituye un gran acontecimiento en la vida y la visita de un invitado deja un recuerdo largo, a veces eterno. Naturalmente, la gente es libre de burlarse de algunas de sus rarezas, pero las bromas de un observador superficial no pueden hacer desaparecer las virtudes esenciales, siendo la principal «la particularidad del carácter», «la originalidad» (individualité), sin lo cual, según Jean Paul, tampoco existe la grandeza humana. Es posible que en la capital las mujeres reciban una educación mejor, pero los hábitos del gran mundo pronto igualan el carácter y

hacen los espíritus tan uniformes como los sombreros. Todo esto se dice sin ánimo de juzgar ni condenar, aunque nota nostra manet, como dice un antiguo comentarista.

Es fácil de imaginar la impresión que tuvo que causar Alexey en el círculo de nuestras señoritas. Fue el primero en aparecer ante ellas sombrío y desilusionado, fue el primero en hablarles de las alegrías perdidas y su juventud marchita; además, llevaba una sortija negra con una cabeza de muerto grabada. Todo esto era extraordinariamente nuevo en aquella provincia. Las señoritas se volvían locas por él.

Pero quien le seguía con más atención era la hija de mi anglómano, Liza (o Betsy, como la solía llamar Grigory Ivánovich). Los padres no se trataban, ella todavía no había visto a Alexey, mientras que todas las jóvenes vecinas no hacían más que hablar de él. La muchacha tenía diecisiete años. Unos ojos negros animaban su rostro agradable de tez morena. Era hija única y por tanto estaba mimada. Su viveza y las constantes travesuras causaban la admiración del padre y la desesperación de su institutriz, miss Jackson, una estirada señorita de cuarenta años que usaba blanquete y se pintaba las cejas,

dos veces al año releía Pamela, percibía por ello dos mil rublos y se moría de aburrimiento «en esta bárbara Rusia».

Liza tenía una doncella llamada Nastia; era algo mayor, pero tan frívola como su señorita. Liza la quería mucho, le descubría todos sus secretos y juntas planeaban todas sus diversiones. En una palabra, en el pueblo de Prilúchino Nastia era un personaje mucho más importante que cualquier confidente de una tragedia francesa.

—Permítame que haga hoy una visita —dijo Nastia un día al vestir a su señorita.

—Cuando quieras, ¿y adónde vas?

—A Tuguílovo, a casa de los Bérestov. Es el santo de la mujer del cocinero, vino ayer para invitarnos a comer.

—¡Vaya! —dijo Liza—. Los señores no tienen tratos y los criados convidan unos a otros.

—¡Y qué nos importan los señores! —repuso Liza—. Además, soy de usted y no de su papá, y usted todavía no ha reñido con el joven Bérestov. Que se peleen los viejos si les divierte.

—Bueno, procura ver a Alexey Bérestov y cuéntame con detalle qué aspecto tiene y qué clase de persona es.

Nastia se lo prometió, y Liza pasó todo el día esperando impacientemente su regreso. Nastia apareció por la noche.

—Bien, Lizaveta Grigóryevna —dijo al entrar en la habitación—. He visto al joven Bérestov, le he mirado todo lo que he querido: hemos pasado el día juntos.

—¿Cómo? Cuenta, cuéntamelo por orden.

—Como quiera; fuimos yo, Anisya Yegórovna, Nenila, Dunka…

—Bueno, ya lo sé, ¿y luego?

—Lo que usted diga. Llegamos a la hora de comer. La habitación estaba llena de gente. Estaban los de Kolíbino, Zajaryevo, la intendenta con sus hijas, los de Jliupin…

—Bien, ¿y Bérestov?

—Espérese un momento. Nos sentamos a la mesa, la intendenta en el lugar de honor, yo junto a ella… las hijas pusieron cara de ofendidas, pero a mí qué me importa…

—Ay, Nastia, ¡qué pesada te pones con tus detalles!

—¡No sea usted tan impaciente! Bueno, nos levantamos de la mesa… y estuvimos más de tres horas comiendo, no se crea, la comida era de las buenas: un pastel blanc-mangé azul, rojo y a rayas… Bueno, nos levantamos de la mesa y fuimos al jardín a jugar al escondite, y aquí apareció el joven señor.

—¿Y qué? ¿Es verdad que es muy bien parecido?

—No se lo puede usted ni imaginar, una belleza. Alto, esbelto, las mejillas encendidas…

—¿Ah, sí? Yo pensaba que era pálido. ¿Y qué? ¿Qué te pareció? ¿Triste, pensativo?

—¡Qué va! Nunca he visto a un hombre tan loco. Se le antojó ponerse a correr con nosotras.

—¡Correr con ustedes! ¡Imposible!

—Muy posible. ¡Y no sabe usted qué ocurrencia tuvo! En cuanto nos cazaba, ¡venga a besarnos!

—Nastia, digas lo que digas, estás mintiendo.

—Diga lo que diga, es la pura verdad. No sé ni cómo pude quitármelo de encima. Pues así pasó todo el día con nosotras.

—Pero ¿no dicen que está enamorado y que no mira a nadie?

—No lo sé, señorita, a mí me miraba, hasta demasiado, y también a Tania, y a la hija del intendente, y a Pasha la de Kolíbino, y aunque sea pecado el decirlo, el muy bribón no ofendió a nadie.

—¡Qué sorprendente! ¿Y qué se dice de él en la casa?

—Dicen que es un señor buenísimo, muy alegre y bondadoso. Solo tiene una cosa mala: le gusta demasiado perseguir a las chicas. Aunque por mí, eso tampoco es grave: ya sentará la cabeza con los años.

—¡Cuánto me gustaría verlo! —dijo Liza con un suspiro.

—¡Ni que fuera tan difícil! Tuguílovo no está lejos, solamente a tres verstas: vaya a dar un paseo hacia allí, también puede ir a caballo; seguro que se lo encuentra. Sé que todas las mañanas temprano va con la escopeta a cazar.

—No, eso no estaría bien. Puede pensar que le estoy persiguiendo. Además, nuestros padres no se tratan, por lo tanto, yo tampoco podré conocerlo… ¡Ay, Nastia! ¿Sabes qué? ¡Me voy a disfrazar de campesina!

—¿Por qué no? Póngase una camisa gruesa, un sarafán y vaya tranquilamente a Tuguílovo. Le juro que Bérestov no la deja pasar.

—Además, hablo perfectamente como la gente del lugar. Ay, Nastia, mi querida Nastia, ¡qué idea tan maravillosa!

Liza se acostó con la intención de llevar a cabo su divertido plan pasara lo que pasara. Al día siguiente, por la mañana, emprendió la realización de su proyecto: mandó a comprar en el mercado hilo grueso, algodón azul y botones de cobre, con la ayuda de Nastia cortó la camisa y el sarafán, puso a coser a todas las sirvientas de la casa y

hacia la noche todo estaba listo. Liza se probó el traje recién hecho y viéndose en el espejo tuvo que reconocer que nunca se había encontrado tan encantadora. Ensayó su papel, haciendo profundas reverencias al andar, seguidas por repetidas inclinaciones de cabeza, semejantes a las de los gatos de barro de los mercados; habló como las campesinas, tapándose la cara con una manga cuando se reía, y mereció la total aprobación de Nastia. Tuvo una dificultad: intentó caminar por el patio descalza, pero sus delicados pies se resintieron de los pinchazos de la hierba y la arena y las piedrecitas le parecieron insoportables. También en eso le ayudó Nastia: tomó las medidas de los pies de Liza, fue corriendo al prado a ver a Trofim, el pastor, y la encargó un par de laptis a medida. Al día siguiente, Liza se despertó al amanecer. En la casa todos dormían. Nastia estaba en la puerta esperando al pastor. Se oyó el sonido del cuerno y el rebaño del pueblo empezó a desfilar a lo largo de la casa señorial. Al pasar delante de Nastia, Trofim le entregó unos pequeños laptis de colores y recibió cincuenta kópeks de recompensa. Liza, sin hacer ruido, se vistió de campesina, le susurró a Nastia unas instrucciones referentes a miss Jackson, salió por la puerta trasera y atravesando el huerto corrió hacia el campo.

En el este brillaba el amanecer y las filas doradas de nubes parecían esperar al sol como los cortesanos esperan al rey. El cielo despejado, el fresco matinal, el rocío, la brisa y el cantar de los pájaros llenaron el corazón de Liza de una alegría infantil, temiendo encontrarse a alguien conocido parecía que iba volando. Al acercarse al bosque que estaba en el límite de las posesiones de su padre Liza caminó más despacio. Allí debía esperar a Alexey. El corazón le latía con fuerza sin saber ella por qué, pero el miedo que acompaña nuestras travesuras juveniles constituye su atractivo principal. Liza se adentró en el espesor del bosque. Un ruido sordo y resonante saludó a la joven. Su alegría se fue calmando. Poco a poco se entregó al dulce ensueño. Pensaba… pero ¿será posible definir exactamente en qué piensa una joven de diecisiete años estando sola en el bosque a las seis de una mañana primaveral? Así pues, iba avanzando por un camino bordeado por grandes árboles cuando de pronto un hermoso perro perdiguero empezó a ladrarle. Liza se asustó y dio un grito. En el mismo instante se oyó una voz que decía: «Tout beau, Sbogar, ici…», y el joven cazador apareció entre los matorrales.

—No tengas miedo —le dijo a Liza—, mi perro no muerde.

Liza ya se había repuesto del susto y supo en seguida aprovechar las circunstancias:

—No, señor —dijo adoptando un aire entre asustado y tímido—, es que da mucho miedo: parece muy fiero y se me va a echar encima otra vez.

Alexey (el lector ya lo habrá reconocido) miraba fijamente a la joven campesina.

—Te acompaño si tienes miedo —le dijo—, ¿me dejarás ir a tu lado?

—¿Quién te lo impide? —contestó Liza—, el camino es de todos.

—¿De dónde eres?

—De Prilúchino; soy la hija de Vasily el herrero, voy por setas —Liza llevaba una cesta colgada de una cuerda—. ¿Y tú? ¿No serás de Tuguílovo?

—Así es. Soy el ayuda de cámara del joven señor —Alexey pretendía igualar sus relaciones. Pero Liza lo miró y se echó a reír:

—¡Qué mentiroso! ¿Crees que soy tonta? Veo que tú eres el señor.

—¿Por qué lo crees?

—Por todo.

—A ver, dime por qué.

—¿Cómo se puede confundir a un señor con el criado? Vistes y hablas de otra manera, además, llamaste al perro en extranjero.

Liza cada vez le gustaba más a Alexey. Acostumbrado a no gastar demasiados cumplidos con bellas pueblerinas intentó abrazarla, pero Liza se apartó de un salto y adoptó un aire tan severo y frío que, pese a la gracia que esto le hizo a Alexey, le desalentó de intentos futuros.

—Si quiere que sigamos siendo amigos —dijo ella muy seria—, haga el favor de comportarse.

—¿Quién te ha enseñado estas finezas? —preguntó Alexey, riéndose a carcajadas—. ¿No será mi amiga Nástenka, la doncella de tu señorita? ¡He aquí los caminos por los que se difunde la educación!

Liza comprendió que se había salido de su papel y se corrigió inmediatamente.

—¿Qué te crees? —dijo—. ¿Que nunca piso la casa de los señores? No te creas: he visto y he oído de todo. Vaya —continuó—, hablando contigo no voy a coger ni una seta. Sigue, señor, tu camino y yo seguiré el mío. Vete con Dios…

Liza quería retirarse. Alexey la detuvo cogiéndole la mano.

—¿Cómo te llamas, mi alma?

—Akulina —contestó Liza procurando liberar sus dedos de la mano de Alexey—, suéltame, tengo que ir a casa.

—Bueno, amiga Akulina, te prometo que le haré una visita a tu padre, Vasily, el herrero.

—¿Qué dices? —repuso Liza con viveza—. No lo hagas, te lo pido por Dios. Si en mi casa se enteran de que he estado en el bosque sola hablando con un señor, no quiero ni pensar lo que puede ocurrir; mi padre, Vasily, el herrero, sería capaz de matarme.

—Es que quiero volver a verte.

—Ya vendré alguna vez a por setas.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

—Akulina, querida, te daría un beso, pero no me atrevo. Entonces, mañana a la misma hora.

—Sí, sí.

—¿No me vas a engañar?

—No, no te engaño.

—Júramelo por Dios.

—Te lo juro por el Viernes Santo.

Los jóvenes se separaron. Liza salió del bosque, atravesó el campo, se deslizó por el jardín y corrió a la granja donde la esperaba Nastia. Allí se cambió de traje, contestando distraída a su confidente que le hacía preguntas ávidas, y apareció en el comedor. La mesa estaba

servida para el desayuno y miss Jackson, ya cubierta de blanquete y con el talle tan ceñido que parecía una copa, estaba cortando finas rebanaditas de pan. El padre elogió el paseo matutino.

—No hay nada más sano —dijo— que despertarse al amanecer—. Seguidamente relató varios casos de longevidad humana, procedentes de revistas inglesas, y observó que todas las personas que habían vivido más de cien años no probaron el vodka y se levantaron al amanecer tanto en invierno como en verano. Liza no le escuchaba. Repasaba en su cabeza todas las circunstancias del encuentro de aquella mañana, toda la conversación de Akulina con el joven cazador y poco a poco empezó a sentir remordimientos de conciencia. En vano repetía que la conversación no había traspasado los límites de la decencia y que la travesura no podía tener consecuencias; la voz de la conciencia era más fuerte que la de la razón. Lo que más sufrimiento le causaba era la promesa que había dado para el día siguiente; casi estaba decidida a no cumplir su solemne juramento. Pero Alexey, después de una espera infructuosa, podría ir al pueblo a buscar a la hija del herrero, la verdadera Akulina, una muchacha gorda con la cara picada de viruela, y de esta manera

descubriría su frívola ocurrencia. Este pensamiento horrorizó a Liza y decidió volver a la mañana siguiente al bosque haciéndose pasar por Akulina.

Por su parte, Alexey estaba entusiasmado y pasó todo el día pensando en su nueva amiga. Por la noche, la imagen de la belleza de tez morena siguió persiguiendo su imaginación. Apenas despuntaba la aurora cuando ya estaba vestido. Sin darse tiempo para cargar la escopeta salió al campo con su fiel Sbogar y corrió hacia el lugar de la cita prometida. Pasó cerca de media hora de espera insoportable. Al fin vio entre los matorrales el sarafán azul y corrió al encuentro de la dulce Akulina. Ella recibió con una sonrisa su entusiasmo, fruto del agradecimiento, pero Alexey no tardó en descubrir en su rostro una sombra de abatimiento e inquietud. Quiso saber la causa. Liza confesó que se arrepentía de su conducta porque le parecía frívola, que por esta vez no había querido faltar a su palabra, pero que era la última cita y que le pedía que con ello acabara una amistad que no podía conducir a nada bueno. Naturalmente, todo fue expresado utilizando el habla de los campesinos, pero la idea y los sentimientos, inusitados en una muchacha del pueblo, causaron la admiración de Alexey. Utilizó toda

su elocuencia para conseguir que Akulina renunciara a su decisión; procuró convencerla de la inocencia de sus deseos, prometió no darle nunca una razón para el arrepentimiento y obedecerla en todo, le rogó que no lo privara de una sola alegría: verla a solas, aunque fuera cada dos días, aunque fuera dos veces por semana. Habló con el lenguaje de la auténtica pasión y parecía verdaderamente enamorado. Liza lo escuchó en silencio.

—Prométeme —dijo ella al fin— que nunca me buscarás en el pueblo ni preguntarás por mí. Dame tu palabra de que nunca intentarás verme, salvo cuando yo lo diga.

Alexey quiso jurárselo por el Viernes Santo, pero ella lo paró con una sonrisa:

—No tienes que jurar nada, me basta con tu promesa.

Después de aquello conversaron amistosamente paseando por el bosque hasta que Liza dijo que era la hora de marcharse. Se separaron, y Alexey, al quedarse solo, no podía comprender cómo una simple muchacha del pueblo había conseguido en dos encuentros tener ese poder sobre él. Sus relaciones con Akulina tenían para

él el encanto de la novedad y, aunque los preceptos de la extraña campesina le resultaban difíciles, en ningún momento se le ocurrió faltar a su palabra. Lo que pasaba en realidad era que Alexey, pese al anillo fatal, a la misteriosa correspondencia y la sombría desilusión, era un joven lleno de bondad y apasionamiento, con un corazón puro capaz de sentir los placeres de la inocencia.

Si yo me dejara llevar únicamente por mi deseo, no dudaría en describir con todo detalle los encuentros de los dos jóvenes, la creciente inclinación mutua y confianza, sus ocupaciones y conversaciones, pero sé que la mayor parte de mis lectores no compartiría mi deleite. Estos pormenores por lo general resultan empalagosos, por tanto, voy a omitirlos diciendo brevemente que antes de que hubieran transcurrido dos meses mi Alexey estaba perdidamente enamorado y Liza, aunque menos explícita, no era más indiferente que él. Ambos eran felices con el presente y no pensaban en el futuro.

La idea de unos lazos indisolubles pasaba por su pensamiento con bastante frecuencia, pero nunca hablaban de ello. La razón era evidente: Alexey, por mucho que se sintiera ligado a la dulce Akulina, no

podía olvidar la distancia que le separaba de una pobre campesina; mientras que Liza conocía el odio que existía entre sus padres y no podía ni soñar en una reconciliación. Además, su vanidad se iba enardeciendo secretamente por la oscura y romántica esperanza de ver al fin al terrateniente de Tuguílovo a los pies de la hija del herrero de Prilúchino. De pronto, un importante acontecimiento estuvo a punto de transformar sus relaciones.

Una mañana clara y fría (de aquellas que tanto abundan en nuestro otoño ruso) Iván Petróvich Bérestov salió a dar un paseo a caballo, llevándose por si acaso tres pares de galgos, al mozo de caballos y varios muchachos con carracas. Al mismo tiempo, Grigory Ivánovich Múromsky, seducido por el buen tiempo, mandaba ensillar su yegua de cola recortada e iba recorriendo al trote sus posesiones a la inglesa. Al acercarse al bosque vio a su vecino montado orgullosamente a caballo, con un caftán corto forrado de piel de zorro, esperando a una liebre que los chiquillos echaban de los matorrales con sus gritos y carracas. Si Grigory Ivánovich hubiera podido prever aquel encuentro, sin duda alguna habría torcido en la dirección opuesta pero se tropezó con Bérestov inesperadamente y de pronto se encontró con

su vecino a la distancia de un disparo de pistola. No había nada que hacer: Múromsky, como buen europeo educado, se acercó a su enemigo y lo saludó cortésmente. Bérestov le contestó tan afanoso como un oso de feria saluda a los señores cumpliendo la orden de su dueño. En ese mismo instante, la liebre salió del bosque y echó a correr por el campo. Bérestov y el mozo de caballos gritaron a todo pulmón, soltaron a los perros y los siguieron al galope. El caballo de Múromsky, que nunca había estado en una cacería, se desbocó del susto. Múromsky, considerándose un jinete excelente, lo dejó libre, contento para sus adentros de la circunstancia que le liberaba del desagradable interlocutor. Pero el caballo, al encontrarse ante un barranco que no había visto, dio un salto hacia un lado y Múromsky no consiguió mantenerse en la silla. Cayó pesadamente al suelo helado, maldiciendo, y su yegua, como si de pronto entrara en razón, se paró en seco en cuanto sintió que había perdido al jinete. Iván Petróvich acudió inmediatamente preguntando si se había hecho daño. El mozo acercó al caballo culpable, llevándolo de las riendas. Ayudó a Múromsky a encaramarse al caballo, y Bérestov le invitó a su casa. Múromsky no pudo negarse ya que se sentía en deuda, y gracias a ello Bérestov regresó a su casa cubierto

de gloria, habiendo cazado una liebre y conduciendo a su enemigo herido y casi prisionero.

Durante el desayuno los vecinos entablaron una conversación bastante amistosa. Múromsky pidió a Bérestov que le prestara un carruaje, confesando que después del golpe no se sentía capaz de volver a su casa a caballo. Bérestov lo acompañó hasta la verja y Múromsky no se marchó hasta no obtener la palabra de honor de Bérestov de que al día siguiente iría a almorzar (junto con Alexey Ivánovich) a su casa de Prilúchino. De esa manera, una antigua y profundamente arraigada enemistad parecía estar a punto de acabarse gracias a una yegua asustadiza.

Liza corrió al encuentro de Grigory Ivánovich.

—¿Qué significa todo esto, papá? —dijo sorprendida—. ¿Por qué está cojo? ¿Dónde está su caballo? ¿De quién es este carruaje?

—Nunca lo adivinarías, *my dear* —contestó Grigory Ivánovich y relató todo lo ocurrido. Liza no daba crédito a sus oídos. Grigory Ivánovich, sin darle tiempo para

recuperarse, anunció que al día siguiente vendrían a almorzar los dos Bérestov.

—¡Cómo! —exclamó Liza poniéndose pálida—. ¡Los Bérestov, padre e hijo! ¡Almorzarán aquí mañana! No, papá, diga la que diga, yo no pienso aparecer.

—¿Qué te pasa, te has vuelto loca? —repuso el padre—. ¿Desde cuándo eres tan tímida? ¿O es que sientes hacia ellos un odio hereditario, como las heroínas románticas? Ya está bien, no seas boba.

—No, papá, por nada del mundo, aunque me ofrecieran todas las riquezas, no pienso aparecer ante los Bérestov.

Grigory Ivánovich se encogió de hombros y no discutió más, convencido de que llevando la contraria a su hija nada se podía conseguir, y se retiró a reposar después de su memorable paseo.

Lizaveta Grigóryevna se marchó a su habitación y llamó a Nastia. Estuvieron largo rato discutiendo acerca de la visita del día siguiente. ¿Qué pensaría Alexey al descubrir que su Akulina era una señorita educada? ¿Qué

opinión le merecerían su comportamiento y costumbres o sensatez? Por otra parte, Liza tenía muchas ganas de ver qué impresión le haría un encuentro tan inesperado… De pronto, tuvo una idea. Se la comunicó inmediatamente a Nastia. Ambas la celebraron como un gran hallazgo y decidieron ponerla en práctica a toda costa.

Al día siguiente, durante el desayuno, Grigory Ivánovich preguntó a su hija si seguía pensando esconderse de los Bérestov.

—Papá —dijo Liza—, los recibiré si así lo desea, pero con una condición: independientemente de cómo aparezca y de lo que haga usted no me lo va a reprochar ni dará muestra alguna de sorpresa o descontento.

—Una nueva ocurrencia —dijo Grigory Ivánovich riendo—. Bueno, bueno, estoy de acuerdo, haz lo que quieras, diablillo de ojos negros —y con estas palabras le dio un beso en la frente y Liza fue corriendo a prepararse.

A las dos en punto un coche de fabricación casera, llevado por seis caballos, entró en el patio bordeando el círculo de césped verde oscuro. El viejo Bérestov subió las escaleras ayudado por dos criados de librea de

Múromsky. Su hijo lo seguía a caballo; juntos entraron en el comedor donde ya estaba puesta la mesa. Múromsky recibió a sus vecinos de la manera más cariñosa, les sugirió que antes de comer visitaran el jardín y el pequeño zoo, y los condujo por los senderos escrupulosamente limpios y cubiertos de arena. El viejo Bérestov lamentaba para sus adentros la cantidad de tiempo y trabajo perdidos en caprichos tan inútiles, pero callaba por educación. Su hijo no compartía ni el disgusto del terrateniente calculador ni el entusiasmo del orgulloso anglómano; esperaba impacientemente la aparición de la hija del anfitrión, de quien ya había oído hablar en muchas ocasiones, y aunque su corazón, como sabemos, pertenecía a otra, una joven belleza siempre tenía derechos sobre su imaginación.

Una vez en el salón, los tres se sentaron juntos: los viejos recordaron tiempos pasados y anécdotas del servicio, y Alexey meditó el papel que debería adoptar en presencia de Liza. Decidió que en cualquier caso lo más adecuado sería aparecer frío y distraído, para lo cual tomó las medidas necesarias. La puerta se abrió. Alexey volvió la cabeza con tal indiferencia, con una desenvoltura tan orgullosa, que haría temblar el corazón de la coqueta más empedernida. Desgraciadamente, en lugar de Liza

entró la vieja miss Jackson, empolvada, encorsetada, con los ojos bajos y una pequeña reverencia, y la maravillosa maniobra militar de Alexey se desperdició totalmente. Apenas tuvo tiempo de volver a prepararse, cuando la puerta se abrió de nuevo y esta vez entró Liza. Todos se levantaron. El padre inició las presentaciones de los invitados, cuando de pronto se detuvo y se mordió los labios precipitadamente… Liza, su Liza de tez morena, estaba cubierta de blanquete hasta las orejas y con las cejas más pintadas que miss Jackson; llevaba unos tirabuzones falsos de un color mucho más claro que el de su pelo, cardados como la peluca de Luis XIV; las mangas *à l'imbécile* se alzaban como el miriñaque de madame de Pompadour; el talle estaba tan ceñido que parecía la letra «x», y todos los brillantes de su madre que todavía no habían empeñado refulgían en sus dedos, cuello y orejas. Alexey no podía reconocer a su Akulina en esta señorita tan brillante y ridícula. Su padre le besó la mano y Alexey lo imitó con disgusto. Al rozar sus dedos blanquísimos tuvo la impresión de que temblaban. En ese momento, se fijó en el pie de la dama, expuesto con cierta intención y calzado con la mayor coquetería. Esto le permitió reconciliarse algo con el resto de su atuendo. En lo que se refiere al blanquete y a las cejas

pintadas hemos de confesar que, debido a su candor, no reparó en ello al principio y más adelante tampoco llegó a sospecharlo. Grigory Ivánovich recordó su promesa y procuró no mostrar la menor sombra de sorpresa, pero la ocurrencia de su hija le pareció tan divertida que consiguió dominarse a duras penas. Quien menos pensaba en la risa era la estirada inglesa. Adivinó que el blanquete y la pintura de las cejas habían sido extraídos de su cómoda y el intenso rubor de la irritación estuvo a punto de atravesar la blancura artificial de su rostro. Lanzaba miradas encendidas a la joven traviesa, la cual, aplazando cualquier explicación para otro momento, hacía como si no las notara.

Se sentaron a la mesa. Alexey seguía jugando el papel de joven distraído y meditabundo. Liza hacía remilgos, hablaba entre dientes estirando las palabras y solo en francés. El padre se la quedaba mirando frecuentemente, sin comprender el fin que perseguía, pero encontrándolo todo bastante gracioso. La inglesa estaba furiosa en silencio. Solamente Iván Petróvich estaba como en su casa; comía por dos, bebía a su medida, se reía de su propia risa y a cada momento se hacían más amistosas tanto su conversación como sus carcajadas.

Por fin se levantaron de la mesa. Los invitados se marcharon y Grigory Ivánovich dio rienda suelta a la risa y a las preguntas.

—¿Por qué has decidido tomarles el pelo? —preguntó a Liza—. ¿Sabes lo que te digo? Te sienta muy bien el blanquete. No quiero entrar en los secretos de la belleza femenina, pero en tu lugar empezaría a usarlo, sin exceso, naturalmente, solo un poco.

Liza estaba entusiasmada con el éxito de su ocurrencia. Abrazó al padre, le prometió pensar en su consejo y se precipitó a aplacar a la irritada miss Jackson, quien consintió a duras penas abrir las puertas y escuchar las explicaciones. A Liza le había dado tanta vergüenza aparecer ante gente desconocida con una tez tan morena. No se había atrevido a pedir… estaba segura de que la buena, la querida miss Jackson la perdonaría… etc. Miss Jackson, habiéndose asegurado de que Liza no había querido burlarse de ella, se calmó, le dio un beso y como señal de reconciliación le regaló un botecito de blanquete inglés, que Liza aceptó con expresiones del más sincero agradecimiento.

El lector se podrá imaginar fácilmente que a la mañana siguiente Liza no faltó en el bosque de las citas.

—¿Estuviste ayer en casa de nuestros señores? —preguntó en seguida a Alexey—. ¿Qué te pareció la señorita?

Alexey contestó que no se había fijado en ella.

—Es una lástima —repuso Liza.

—¿Por qué? —preguntó Alexey.

—Porque quería preguntarte si es verdad eso que dicen…

—¿Qué dicen?

—Dicen que me parezco a la señorita.

—¡Qué disparate! A tu lado parece un verdadero monstruo.

—¡Qué dices, señor! La señorita es tan blanca, tan presumida… ¡Cómo me voy a comparar con ella!

Alexey le juró que era mejor que todas las blancas señoritas y para tranquilizarla del todo se puso a describir a su señorita en unos términos tan divertidos que Liza se rio de todo corazón.

—De todos modos —dijo suspirando—, aunque puede que la señorita sea ridícula, a su lado soy una tonta analfabeta.

—¡Vaya! —dijo Alexey—. Pues sí que es una razón para lamentarse. Si quieres te enseño a leer en un momento.

—Es verdad —dijo Liza—, ¿y si probáramos?

—Cuando quieras, empecemos ahora mismo.

Se sentaron. Alexey sacó del bolsillo un lápiz y un cuaderno de notas, y Akulina aprendió el alfabeto con una rapidez sorprendente. Alexey no salía de su asombro. A la mañana siguiente, Liza intentó escribir. Al principio el lápiz no la obedecía, pero al poco rato logró dibujar unas letras bastante aceptables.

—¡Qué milagro! —decía Alexey—. Avanzamos más que si fuera el sistema de Lancaster.

Efectivamente, durante la tercera lección Liza ya leía lentamente Natalia, hija de boyardo, interrumpiendo la lectura con unas observaciones que maravillaban a Alexey, y llenó una página entera con garabatos: aforismos sacados del cuento.

Al cabo de una semana empezaron a escribirse. Instalaron la oficina de correos en el hueco de un viejo roble. Nastia desempeñaba en secreto las funciones de cartero. Alexey llevaba al roble sus cartas, escritas con grandes letras, y encontraba allí mismo hojas de un papel azul sencillo cubiertas de garabatos de su amada. Era evidente que Akulina iba asimilando una forma de expresarse más refinada y que su inteligencia se cultivaba y se desarrollaba de forma notable.

Entretanto el conocimiento que habían trabado Iván Petróvich Bérstov y Grigory Ivánovich Múromsky cada vez se fortalecía más y pronto se convirtió en amistad gracias a la siguiente circunstancia: Múromsky pensaba a menudo que con la muerte de Iván Pétrovich todas sus posesiones pasarían a Alexey Ivánovich, con lo cual Alexey Ivánovich se convertiría en uno de los terratenientes más ricos de la provincia y que no

existía razón alguna para que no se casara con Liza. Por su parte, el viejo Bérestov, aun reconociendo en su vecino cierta propensión al disparate (como él decía: la chifladura inglesa), no podía negarle muchas cualidades excelentes, como por ejemplo, una rara habilidad para los negocios; además, Grigory Ivánovich era pariente del conde Pronsky, hombre notable e influyente, quien podía serle muy útil a Alexey, y Múromsky (así pensaba Iván Petróvich) seguramente se alegraría de casar a su hija de una manera tan ventajosa. Durante un tiempo los viejos estuvieron meditándolo sin confesárselo a nadie, hasta que un buen día lo hablaron, se abrazaron, prometieron trabajar bien el asunto y se pusieron manos a la obra cada uno por su lado. A Múromsky se le planteaba una dificultad: convencer a su Betsy de que entablara amistad con Alexey, a quien no había visto desde aquella comida memorable. No parecía que se gustaran demasiado: Alexey no había vuelto a Prilúchino y Liza se marchaba a su habitación cada vez que Iván Petróvich les honraba con su visita. Sin embargo, pensaba Grigory Ivánovich, si Alexey viniera todos los días, a Liza no le quedaría más remedio que enamorarse de él. Es lo normal. El tiempo lo arregla todo.

Iván Petróvich estaba menos preocupado por el éxito de su empresa. Aquella misma tarde llamó a su hijo a su despacho, encendió la pipa y después de un silencio, dijo:

—¿Cómo es eso, Aliosha, que no has vuelto a hablar de tu carrera militar? ¿Ya no te seduce el uniforme de húsar?

—No, papá —respondió Alexey respetuosamente—, veo que usted no quiere que me haga húsar. Mi deber es obedecerle.

—Bien —contestó Iván Petróvich—, veo que eres un hijo obediente; esto me consuela. Yo tampoco quiero forzarte ni obligarte a ingresar… ahora mismo… en el servicio civil; mientras tanto quiero casarte.

—¿Con quién, papá? —preguntó asombrado Alexey.

—Con Lizaveta Grigóryevna Múromskaya —contestó Iván Petróvich—. Es un buen partido, ¿no te parece?

—Papá, todavía no pienso casarme.

—Tú no pensarás, pero yo lo he pensado por ti.

—Como usted quiera, pero Liza Múromskaya no me gusta nada.

—Ya te gustará, el tiempo lo arregla todo.

—No me siento capaz de hacerla feliz.

—Su felicidad no es asunto tuyo. Entonces, ¿es así como respetas la voluntad paterna? ¡Muy bien!

—Como usted guste, pero yo no quiero casarme ni me casaré.

—Te casarás, o si no, te maldigo, y toda la propiedad, vive Dios, la vendo o la dilapido, sin dejarte ni un kópek. Te doy tres días para pensarlo, y mientras tanto apártate de mi vista.

Alexey sabía que si a su padre se le metía algo en la cabeza, no se podía sacar de allí ni con un clavo, como decía Tarás Skotinin, pero Alexey había salido al padre y era igualmente difícil hacerle cambiar de idea. Se retiró a su habitación y se puso a pensar en los límites de la autoridad paterna, en Lizaveta Grigóryevna, en la solemne promesa del padre de convertirle en mendigo y,

finalmente, en Akulina. Por primera vez, se daba cuenta de que estaba perdidamente enamorado; se le pasó por la mente la idea romántica de casarse con una campesina y vivir de su propio trabajo, y cuanto más meditaba este paso tan decisivo, más razonable le parecía. Desde hacía unos días los encuentros en el bosque se habían acabado a causa de las lluvias. Alexey escribió una carta a Akulina con su letra más clara y su estilo más apasionado, le comunicó el peligro que les acechaba y le ofreció acto seguido su mano. Sin perder un momento llevó la carta a correos, al hueco del roble, y se acostó bastante satisfecho de sí mismo.

Al día siguiente, Alexey, firme en su intención, fue por la mañana temprano a casa de Múromsky para explicarle todo sinceramente. Tenía la esperanza de despertar su generosidad y de atraerlo a su campo.

—¿Está Grigory Ivánovich? —preguntó deteniendo al caballo ante la puerta del castillo de Prilúchino.

—No, señor —contestó un criado—. Grigory Ivánovich ha salido esta mañana.

«¡Qué mala suerte!», pensó Alexey.

—¿Y no estará Lizaveta Grigóryevna?

—Sí, señor.

Alexey saltó del caballo, entregó las riendas al criado y entró en la casa sin que le anunciaran.

«Se va a solucionar ahora mismo —pensó acercándose al salón—, se lo explicaré a ella». Entró en el salón… y se quedó petrificado. Liza… no, Akulina, su dulce Akulina de tez morena, vestida con un traje blanco de mañana, no con el sarafán, estaba sentada junto a la ventana leyendo su carta; estaba tan absorta que no le oyó entrar. Alexey no pudo contener una exclamación de júbilo. Liza se estremeció, levantó la cabeza, dio un grito y quiso huir. Alexey se precipitó para detenerla:

—¡Akulina, Akulina! —Liza intentaba desasirse.

—*Mais laissez-moi donc, Monsieur; mais êtes-vous fou?* —repetía escondiendo la cara.

—¡Akulina, mi querida Akulina! —repetía él, besándole las manos. Miss Jackson, testigo de esta escena, no sabía qué pensar. En ese momento, se abrió la puerta y

entró Grigory Ivánovich.

—¡Ajá! —dijo Múromsky—. Parece que ya han arreglado las cosas…

Los lectores me excusarán de la innecesaria obligación de describir el desenlace.

"Mientras yo le apuntaba, él escogía las cerezas más maduras de la gorra y escupía las pipas, que llegaban hasta mí. Su indiferencia me sacó de quicio...

Colección
Lima Lee

